



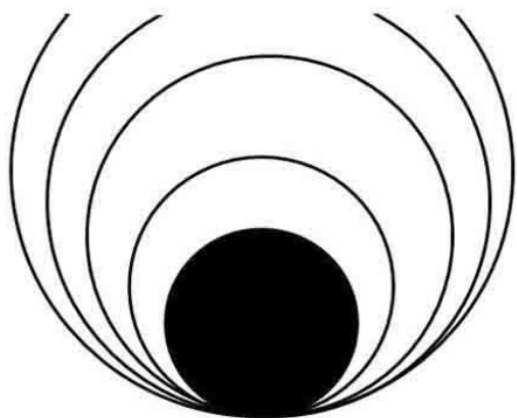
LA MUERTE RIE DE NOCHE

Curtis Garland



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

SAM



PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**LA MUERTE
RIE DE NOCHE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 950
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 15.803 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1980

© Curtis Garland - 1980
texto

© Jorge Sempere - 1980
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.549 — Cráneo de acero.

En Colección PUNTO ROJO:

944 — Un grito en la sombra.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CAPÍTULO PRIMERO

—Lo siento, Barry. Voy a dejarte.

La miré largamente. En silencio. No dije nada. Fui al mueblebar. Lo abrí. Su iluminación automática hizo destellar el hielo dentro de mi vaso vacío, como si fuesen enormes diamantes. Escancié un poco de *bourbon*, no demasiado. No le puse soda.

Me incorporé. Iba a cerrarlo cuando ella habló otra vez. Con la misma felina suavidad de terciopelo con que había dicho aquello solo unos momentos antes:

—Por favor, no necesitas ser grosero. ¿No vas a servirme algo de beber?

—Perdona —dije—. No sabía que tenías sed.

—No tengo sed —rió—. Sencillamente, quiero beber.

Tampoco ahora dije nada. Recogí su copa sin mirarla a ella. Puse martini y ginebra. Le añadí algo de hielo y una guinda al marrasquino. Se lo tendí.

—Gracias —dijo—. Eres muy amable. El mismo civilizado Barry Scofield de siempre.

Incliné mi cabeza sin comentar cosa alguna. Creo que sonreí. Ella probó su martini.

Chascó levemente la lengua.

—Exquisito —dijo—. Voy a echar de menos tu habilidad para los combinados, Barry.

Era un comentario digno de ella. Molesto e hiriente. Pero no se lo reproché. Tomé un trago de mi *bourbon*. Luego fui al tocadiscos y lo puse en marcha. Empezó a girar el mismo disco que tenía ya puesto en el plato. La aguja lo pinchó suavemente, y empezó a sonar.

Era una melodía vieja como el mundo. Vieja como mi amor por ella. Y como el suyo por mí.

—Oh, me aburre esa melodía —dijo secamente—.

Fascinación... No la soporto. Es cursi y azucarada.

Me encogí de hombros. Nat King Cole la cantaba con su voz pastosa y profunda. Me gustaba así, cantada por él. De todos modos, Sheila tenía razón. Era demasiado dulzona, demasiado estúpida. Sobre todo ahora. En estos momentos.

—A mí me gusta —dije, no sé si por molestarla.

—Me tiene sin cuidado —confesó, dirigiéndose a la terraza, con su martini en la mano.

La seguí con mirada pensativa. Seguía siendo hermosa. Y deseable. Alta, elegante, fría y lejana como una estrella. Era la mejor modelo de Nueva York. O lo había sido.

Pero seguía siendo alguien en su mundo de moda y de cosmética.

Se paró allá, tras las vidrieras, recortándose contra las luces de Manhattan. Unos luminosos gigantescos, parpadeantes, de la azotea cercana a nuestro rascacielos, jugueteaban con el color gris plateado de su cabello corto. Era un color de moda, según decían los expertos. Para mí, la envejecía ligeramente. Pero a ella le gustaba. Era asunto suyo.

Di unos pasos hacia ella. Me daba la espalda. Una espalda tersa, sedosa, justo con el descote adecuado. Ella nunca se pasaba. Ni demasiado cerrada, ni excesivamente frívola. Toda una dama. Era su estilo característico.

—¿Lo dijiste de veras? —indagué, sin llegar a pisar la terraza.

—¿Lo de dejarte? —respondió con otra pregunta, sin volverse siquiera, como si las luces de la gran ciudad, resplandeciendo en la noche, la fascinaran por completo. Luego movió afirmativamente su plateada cabeza—. Sí, Barry. Lo dije en serio.

—Ya —tomé un poco de *whisky*. Luego traté de ser ponderado —: Supongo que es por culpa mía...

—No es culpa de nadie, Barry. No lo compliques más. No tengo nada que reprocharte. Sencillamente, llegó el momento de decirnos adiós. Es todo.

—En resumen: ya no sientes nada por mí —suspiré.

—No, nada —seguía sin volver su rostro hacia mí, como si estuviese hablando con los rascacielos y sus miríadas de luces—. Suena duro, ¿no?

—Bueno, esas cosas ocurren a veces —admití, encogiéndome de

hombros.

—Es lo que me gusta de ti. Siempre tan civilizado, tan poco violento... —suspiró, y aunque no la vi, creo que sonrió. Tal vez casi reía—. Después de todo, lo nuestro no ha durado mucho, ¿verdad, Barry?

—No, no mucho —admití—. Al menos, no el matrimonio.

—No podía funcionar. Nunca debimos casarnos.

—Supongo que no. Pero funcionó antes, hace años, cuando fuimos sólo amantes...

—Era distinto. Teníamos muchos menos años. Sobre todo, yo.

—El tiempo también pasa para mí —la recordé secamente.

—Sabes lo que quiero decir. Tú aún tienes treinta y cinco años nada más...

—Treinta y cuatro —rectifiqué—. No cumplo años hasta dentro de dos meses, Sheila. Deberías saberlo.

—Perdona. Lo olvidé. Lo cierto es que detesto los cumpleaños. Entre otras razones, porque yo cumpliré ya cuarenta y uno cuando llegue el próximo.

—Sabías eso cuando nos encontramos de nuevo y nos casamos. Y yo también. Nunca te reproché nada ni me pareció motivo de problemas esa diferencia de edad...

—Pero crea problemas, Barry. Eres más joven que yo. No me necesitas, entre otras cosas porque detestas mi dinero. Cuando te casaste conmigo ignorabas que yo..., que yo era millonaria.

—Debiste decírmelo antes. No me gusta compartir mi vida con una mujer y con los millones de su difunto esposo.

—Yo lo sé. Pero la gente lo ignora. Cree que tu dinero, el que ganas con tus libros y artículos, viene de mí, que por eso eres famoso y te pagan tan bien. La gente no tiene buena fe. Les gusta pensar siempre lo peor en casos como el nuestro.

—¿Y por eso quieres la separación?

—No, no es por eso. Sencillamente, creo que no te amo. Ni tú a mí, Barry. Sólo me soportas por el recuerdo de los viejos tiempos, cuando tú eras un joven que intentaba conquistar Nueva York, y me conociste a mi pretendiendo algo parecido a mi modo —rió, y se volvió por vez primera hacia mí. Hizo un amplio gesto, señalando en torno suyo—. Mira esta ciudad, Barry. Al fin lo logramos. Los dos, tú y yo. Yo la conquisté con mi belleza, con mi dinero. Tú, con

tu inteligencia y tu fama. ¿Y de qué nos sirve tenerla así, a nuestros pies? Ni siquiera somos felices con ello.

—Eso es una tontería. Nadie es totalmente feliz.

—No nos engañemos, Barry. ¿Me amas, realmente?

Incliné la cabeza y agité el hielo en el vaso. Luego moví los hombros.

—No sé —confesé—. Es posible que sólo sienta afecto, cierta clase de cariño que no es amor...

—Es lo que me causa horror. Que yo sienta también algo parecido. Prefiero seguir siendo la que he sido toda mi vida. Una mujer ardiente, apasionada, capaz de devorar y ser devorada, cuando me encuentro al lado de un hombre. Ése no es nuestro caso.

—No, claro que no —el disco se había terminado ya. Ahora, sonaba otra melodía, una cualquiera, de esas que uno escucha mil veces y olvida otras tantas—. Quizá tengas razón. Podemos arreglarlo todo deprisa. Eso facilitará las cosas.

—¿No te importa, Barry?

—No, claro que no —sonreí—. Recuerda: soy una persona civilizada, Sheila. Estoy seguro de que tú tendrás pronto otro amor tempestuoso en tu vida.

—Quizá —musitó ella cansadamente—. Quizá...

Sus ojos color ámbar me parecieron tristes y ensombrecidos, sin saber la razón. De Sheila había muchas cosas que uno nunca conocía las razones. Tal vez ése era uno de sus encantos. A veces me decía que ignoraba de ella y de sus sentimientos muchas más cosas de las que sabía, pese a ser su marido desde hacía un año.

Sonó el musical tintineo del llamador. Enarqué las cejas. No esperaba a nadie esta noche. La fiesta era sólo para los dos. Y hasta la fiesta se había estropeado ya.

—Han llamado —comenté estúpidamente.

—Sí —me miró—. Eso parece. ¿Aguardas visita?

—No. ¿Y tú?

—Ni remotamente —suspiró—. No deseo ver a nadie.

—Espera. Iré a ver. Es demasiado tarde para una visita de simple cortesía. Tal vez sea tu socio de la empresa de cosméticos...

—¿Cranston? —Meneó la cabeza, de un lado a otro—. No lo creo. Puede que sea tu agente literario.

—¿Nelly? —Capté cierta ironía en su sugerencia—. No, ella no

vendría ahora tampoco... Ya son casi las doce y media...

Se repitió la llamada. Acudí hacia el vestíbulo, separado de aquel *living* por una antesala con vitrinas repletas de figurillas y máscaras, recuerdos de mis viajes exóticos por todo el mundo.

—No te muevas de la terraza —pedí—. Voy a ver de quién se trata...

Llegué ante la puerta de mi apartamento. Dudé, antes de abrir. Eso hizo que mi visita llamara de nuevo. Irritado, abrí casi con violencia, encarándome a tan persistente personaje.

Me quedé sorprendido. El hombre me resultaba totalmente desconocido. Me miró con expresión ceñuda.

—Buenas noches —saludó.

—Buenas noches —respondí—. ¿Seguro que no se equivoca de apartamento?

—Si usted es Barry Scoffield, el escritor, no me equivoco —objetó.

—Pues no, no se equivoca —admití—. Sólo que la hora no es la más adecuada para visitar a un desconocido. Porque no creo que usted y yo nos conozcamos de nada.

—Eso, según se mire. He leído algunas de sus obras —me dijo.

—Me lleva esa ventaja —me mostré seco—. Yo no sé nada de usted, señor...

—Fry —dijo con rapidez—. Morgan Fry. Teniente de policía.

—¿Teniente de policía? —me sorprendí—. ¿A qué debo el honor de semejante visita?

—Será mejor que se lo explique una vez dentro, señor Scoffield —me replicó con cierta acritud, exhibiendo una credencial que confirmaba sus palabras—. De todos modos, seré breve si todo se trata, como supongo, de un lamentable equívoco.

—Está bien. Entre —me hice a un lado, cortés sin excesos—. En este momento estaba con mi esposa, celebrando algo, y me disculparé si no puedo ser muy generoso en el tiempo que pueda concederle...

—Lo comprendo muy bien —asintió con la cabeza pesadamente. Luego me clavó los ojos, pequeños e inquisitivos, en medio de un rostro ancho y macizo, de facciones vulgares—. ¿Ha dicho su esposa, señor Scoffield?

—Sí, eso he dicho. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada... —Hizo un vago ademán cuyo significado no logré entender—. ¿Podría ver también a su esposa, señor Scoffield?

—Por supuesto —asentí, cada vez más sorprendido—. ¿Ella tiene algo que ver en el asunto que le trae aquí?

—En efecto, lo tiene.

No era muy explícito el teniente Fry, ni yo traté tampoco de que lo fuese. Por el motivo que hubiera venido a vernos, lo cierto es que yo sentía una total indiferencia hacia su persona y su visita, si bien no podía disimular cierta curiosidad natural. Los únicos policías que han significado algo en mi vida estuvieron en mis libros. Lo cierto es que en la vida real, para mi eran todos ellos como entes de ficción absoluta, muy alejados de mi esfera social cotidiana.

Ningún escritor, ciertamente, hubiera elegido al teniente Fry para algunas de sus obras. Era un hombre de apariencia tosca, terriblemente vulgar y sin señal alguna de una inteligencia privilegiada en su porte, su modo de hablar y de mirar. Su imaginación debía ser muy escasa, o yo estaba bastante equivocado con él.

Se quedó parado en el vestíbulo, y su mirada pareció llegar hasta las vitrinas con objetos de arte situadas en la sala inmediata. En cierto modo, su comentario me sobresaltó:

—Es una bonita colección. ¿Viaja usted mucho, señor Scoffield?

—Pues... sí —asentí, cogido por sorpresa.

Advertí que, desde su emplazamiento, un gran espejo le permitía ver una tercera parte de mis recuerdos personales coleccionados en las vitrinas encristaladas del salón. Puede que no fuese inteligente ni imaginativo como yo había pensado. Pero sí era observador.

Pasamos al salón. Desde el *living*, llegó a nosotros una melodía en el tocadiscos.

Esta vez era otro viejo tema, *Té para dos*. El policía carraspeó.

—Espero no haber interrumpido nada especial...

—No se preocupe —respondí—. Era solamente una fiesta íntima. La reanudaremos cuando usted se marche, teniente. Por aquí, por favor.

—Muy amable. Lamento interrumpir algo. Me equivoqué al tomar el ascensor, y descendí en la planta inferior a ésta —me explicó por el camino—. Allí sí había una fiesta en todo su apogeo. Se oían risas, música, mucho ruido...

—Seguro que es en el apartamento de la señora Lundigan — comenté con sarcasmo—. Ella es muy dada a esa clase de reuniones bulliciosas... ¡Sheila, querida! Nuestra visita es un oficial de policía, el teniente Fry...

Dije esto en voz alta, mientras pisábamos el *living*, tras dejar a nuestra espalda el gabinete de mi colección exótica. El teniente hizo una observación irónica.

—Me temo que nadie oye sus explicaciones, señor Scofield. Aquí no está su esposa...

Le miré, pestañeando. Tenía razón. Ni estaba en el *living*, ni tampoco en la terraza.

Me encogí de hombros.

—Ha debido ir a la *toilette* por si era alguna de nuestras amistades —comenté, señalando hacia una de las puertas—. Ya sabe cómo son las mujeres...

—Sí, posiblemente —me miró de un modo raro—. ¿Por qué no lo comprueba, señor Scofield?

—¿Comprobarlo? —Le miré con perplejidad—. ¿Por qué habría de hacerlo, teniente? ¿Tan importante es que usted hable con ella ahora mismo?

—Sí. Mucho —asintió, seco.

Aquel tipo comenzaba a irritarme. Fui a la puerta del cuarto de aseo y golpeé suavemente. No respondió nadie. Abrí la puerta lo justo para asomar. La luz estaba apagada. Y Sheila tampoco estaba allí. Notaba la mirada del teniente fija en mi nuca, como un taladro. No sabía por qué, pero empecé a ponerme nervioso.

—No, tampoco está aquí —admití secamente—. ¿Dónde se habrá metido?

El teniente no dijo nada. Miró hacia la terraza. Las luces de Manhattan hacían destellar el vidrio de una copa que permanecía sobre la barandilla, mediada de martini.

—¿Su esposa estaba en la terraza? —indagó.

—Cuando yo fui a abrirle, sí —respondí con frialdad—. Acabemos, teniente. ¿Qué diablo ha venido a hacer aquí?

Llegó hasta la puerta vidriera corrediza de la terraza. Asomó a ésta. El aire agitó su cabello ligeramente revuelto y canoso. Miró en torno suyo atentamente antes de volver la cabeza hacia mí y responderme:

—He venido a investigar un asesinato, señor Scoffield —dijo, escueto.

Me dejó helado.

Asesinato.

Ésa era una palabra que yo utilizaba mucho en mis obras. Lo trataba como una auténtica obra de arte. Matar, para los personajes de ficción de mis libros, era justamente eso: un arte exquisito y refinado.

Ahora, de repente, me daba cuenta de que mencionado así, en la vida real, en boca de un vulgar oficial de policía, tenía un significado distinto. Era algo sórdido, oscuro y siniestro.

—Eso no tiene sentido —sonreí—. ¿Qué asesinato?

—El de su esposa Sheila Scoffield —fue su desconcertante respuesta.

Y avanzó rápido hasta la barandilla de la terraza, procurando no tocar lo más mínimo la copa de martini abandonada allí por Sheila.

Se asomó abajo, a la distante calle, situada veinticinco pisos por debajo de aquel nivel. Y añadió, con una horrible entonación de voz:

—Por desgracia, he llegado tarde; señor Scoffield. Su esposa ya está abajo, en el asfalto, por lo que veo...

Corrí junto a él. Me asomé, incrédulo, sacudido por un repentino horror. La sangre se heló en mis venas.

Abajo, en el lejano asfalto de la calzada, una masa de gente rodeaba un cuerpo aplastado contra el suelo. Se oían distantes voces, gritos, confusión...

CAPÍTULO II

Unos agentes de policía habían formado un cordón de emergencia en torno al cuerpo caído. Una chaqueta, piadosamente, cubría aquellos restos.

El teniente Fry se identificó ante los agentes uniformados. Nos dejaron llegar hasta el cuerpo. Alguien levantó un poco la prenda de ropa que lo cubría. Sentí un escalofrío, aunque ya me esperaba esto.

El cabello corto, bien peinado, color gris plata, el descote de espalda amplio, el vestido granate oscuro, los zapatos de raso, las bonitas pantorrillas...

—Dios mío... —Me aparté, sintiendo deseos de vomitar. Un agente me llevó a un lado. El teniente Fry nos siguió.

—¿Es ella, señor Scofield? —preguntó.

Moví afirmativamente la cabeza. No sé si dije algo, pero no oí mi voz.

—Bien, señor Scofield. Si le parece, vámonos de aquí. Ya no se puede hacer nada por ella. Una persona, cuando cae del piso vigesimoquinto, no suele tener la menor oportunidad. Menos mal que ha quedado de bruces en el asfalto y no ha podido ver su rostro... o lo que de él quede. Vamos ya. Ahí hay un bar. Tomaremos algo...

Le seguí como un sonámbulo. El dio instrucciones en voz baja a un agente, que afirmó con la cabeza. Oí un lejano aullido de sirena. Venía alguna patrulla. Luego le tocaría el turno a la ambulancia. Para eso no había prisa ya.

Entramos en el pequeño bar alargado, vecino a mi edificio de lujosos apartamentos. La gente había salido a la calle, atraída por el suceso. Toda la calzada y las aceras eran una pura confusión. El encargado me miró mientras se reintegraba tras la barra. Me conocía algo. Y por lo que me dijo, también conocía a Sheila.

—Lo siento, señor —dijo—. Ha sido terrible...

Me senté en una banqueta, como en trance. Fry lo hizo a mi lado. Pidió dos *brandys*. Me hizo tragar el mío con rapidez. No me quitaba los ojos de encima.

—Serénese —me rogó. Y vi un paquete de cigarrillos ante mí.

Cogí uno. Me lo encendió. No le temblaba la mano en absoluto. Debía de tener experiencia en cosas así. Al fumar, yo noté mi mano como si estuviéramos a cien bajo cero. Temblaba como una condenada.

—He leído algunos de sus libros —dijo Fry con indiferencia—. Creí que tendría más aguante para estas cosas.

—Es muy diferente escribir que vivir, teniente...

—Cierto —apuró su copa lentamente—. ¿Otro *brandy*?

—No, gracias —rechacé—. Había bebido antes de esto. No quiero embriagarme ahora.

—No creo que lo lograra. Estas cosas despejan la mente a cualquiera. ¿Cuándo vio a su esposa por última vez?

—Justo al ir a abrírle a usted.

—¿Ella estaba entonces en la terraza, o usted dio por entendido que sí estaba, sin pararse a comprobarlo?

—Cielos, teniente, estaba *yo* con ella. Allí mismo. Entonces sonó el timbre y acudí a abrir. Ella comentó que no esperaba a nadie.

—¿Y en tan breve intervalo de tiempo sucedió todo? No pudo transcurrir más allá de dos minutos desde que usted me abrió hasta que entramos en el *living*, señor Scoffield.

—Lo sé. Pero *tuvo* que suceder entonces. Cuando entramos, ella ya no estaba allí.

—Sí, eso lo recuerdo muy bien. ¿Qué pudo ocurrir, exactamente?

—Debió caerse. Se asomaría...

—¿Y antes dejó su martini en la barandilla?

—Seguramente hizo un alto en la bebida, se asomó y... —Cerré los ojos—. Dios mío, es espantoso...

No comentó nada. Me dejó asimilar el suceso sin dirigirme nuevas preguntas. Pero yo, de repente, recordé algo. Algo que se había quedado alojado en algún rincón de mi mente y que, con la confusión del momento, había olvidado por completo.

—¡Un momento! —Abrí los ojos, mirándole alarmado—.

Usted..., usted habló de..., de *asesinato*, al llegar a casa, teniente.

—Exacto —suspiró él, sin dejar de mirarme.

—El asesinato de..., de Sheila Scoffield, mi mujer.

—Sí.

—Un asesinato... ¿cometido por *ella*? ¿O del que *ella* era víctima?

—Del que ella era víctima, señor Scoffield.

—Pero..., pero eso no tiene sentido...

—Parece que sí lo tiene. Ella está muerta, ¿no?

—¡Pero es un accidente!

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque estaba sola cuando fue a abrir! Se quedó sola en la terraza. Sólo queda la posibilidad de un accidente... o de un suicidio. Y ella nunca hubiera hecho algo semejante.

—¿No había nadie más en su casa ni lo hubo en todo el día?

—No, nadie. Sólo la mujer de la limpieza, que arregla las cosas a primera hora de la mañana.

—¿No era su mujer quién hacía eso?

—No —rechacé—. Ella y yo... no vivíamos juntos desde hacía un tiempo.

—Entiendo. ¿Independizados?

—Sí. Su vida lo exigía. Sus negocios, su trabajo... su mismo modo de ser. Quería libertad total de movimientos. Muchas de sus cosas están aún en la habitación que compartimos hasta entonces en el que ahora es mi apartamento. Pero ella se había trasladado a otro cercano a su empresa, la Sex Beauty Cosmetic Corporation. Era como un experimento. Por si resultaba bien así.

—¿Y resultó?

—La experiencia no había terminado. Pero...

—Pero ¿qué, señor Scoffield?

—Íbamos a separarnos. Ella lo deseaba.

—¿Y usted no ponía inconveniente?

—Ninguno. ¿Por qué había de hacerlo?

—Bueno, su esposa debía de ser infinitamente más rica que usted...

—Eso no contaba. Sheila manejaba su dinero. Yo el mío.

—¿No tuvieron hijos?

—No, ninguno.

—Entonces, desde ahora, *usted* manejará también su dinero — me hizo notar el oficial de policía sin expresión alguna en su rostro.

Le miré con disgusto. Algo en aquella observación no me gustaba. Volví a insistir sobre el más feo aspecto del tema.

—¿Por qué habló de..., de asesinato?

—Porque recibí esa denuncia.

—¿*Denuncia*? —Me estremecí.

—Eso es —suspiró, acabando de vaciar su copa y pagando ambas consumiciones—. Una llamada telefónica me avisó al Departamento de Homicidios. La señora Scoffield había sido asesinada. Y fui a investigar.

—¡Pero eso era mentira! ¡Ella estaba aún llena de vida!

—Tal vez no. Tal vez para entonces, estaba inconsciente, a punto de ser arrojada a la calle en el momento oportuno.

—¡Yo le juro que no fue así! Estaba conmigo, estábamos charlando los dos... tomando una copa, oyendo música...

—Eso es lo que dice usted. ¿Tiene testigos que lo confirmen?

—Testigos...

De repente me di cuenta de que la realidad, a veces, no es tan diferente a una novela, aunque el crimen resulte en la vida un tema infinitamente más sórdido, sangriento y repulsivo que en un relato de ficción. Yo necesitaba testigos. Necesitaba probar algo. Mi coartada...

—Sí, señor Scoffield —suspiró el teniente Fry, levantándose de su asiento y tomándome de un brazo para invitarme a salir con él. Usted afirma que estuvo con su esposa en amigable charla hasta que yo llegué. Y que, justo entonces, pese a no haber nadie más en la casa, mientras charlábamos los dos en el vestíbulo, ella caía a la calle, fuese por accidente, suicidio o muerte a manos de alguien. La historia resulta poco verosímil, pero si hubiese alguien para confirmarla, la cosa cambiaría.

—En resumen, teniente. ¿Usted qué cree?

—Yo no creo nada. Simplemente, espero comprobar las cosas.

—¿Está sospechando de mí? ¿Cree que antes de venir usted yo dejé inconsciente a mi esposa y la arrojé por la barandilla de la terraza antes de ir a abrirle la puerta? ¿Es eso lo que se imagina?

—Es usted quien lo dice, no yo. Aún no le he acusado de nada oficialmente. Y eso que tengo sobrados motivos para hacerlo.

—¿Qué clase de motivos? —Me enfurecí.

Estábamos ya en la calle. El se detuvo en la acera. Allá, frente a nosotros, un corro de malditos curiosos seguía rodeando el lugar donde Sheila yacía aplastada contra el asfalto.

—Señor Scoffield, me olvidé mencionarle que la voz que me informó por teléfono de la muerte violenta de la señora Scoffield, añadió algo más antes de colgar: *usted era el asesino...*

El café sin azúcar sabía a rayos. Pero al menos, había logrado despejarme un poco. Levanté la cabeza y miré a mi abogado. Frank Donovan trató de sonreírme, animoso. Pero no tuvo mucho éxito.

—Estate tranquilo, Barry —me dijo con voz serena—. No tienen nada contra ti. No van a lograr nada por el momento. Tendrán que soltarte de un momento a otro.

—Soltarme... —dejé la taza vacía en manos del agente uniformado que vigilaba el locutorio policial, y apoyé en mis manos la cabeza, añadiendo sordamente—: Hablas como si fuese un delincuente a quien hay que sacar de un atolladero...

—Te hablo como mi cliente, Barry. Y lo cierto es que sí estás en un atolladero, por culpa de esa llamada anónima. Pero no es ninguna prueba contra ti, y el teniente no será tan necio como para retenerte aquí una vez firmes tu declaración.

—Frank, todo eso me importa poco ahora. Lo que quiero es saber qué ocurrió realmente, cómo pudo caerse Sheila desde la terraza en tan corto espacio de tiempo y, sobre todo, quién pudo telefonar a la policía *antes* de suceder eso, para una broma tan pesada y macabra.

—Lo malo es que ahora no parece una broma —suspiró mi abogado, sentándose junto a mí—. Barry, si Sheila estuviese ahora llena de vida, esa denuncia anónima no tendría el menor valor y sería sólo eso: una broma de mal gusto. Pero *lo* peor es que ella ha muerto, y de un modo violento y difícil de explicar. El policía encargado de comprobar esa denuncia acude a tu casa a medianoche, ¿y qué se encuentra? Un cadáver en el asfalto, un piso donde no había nadie más que ella y tú, y una historia inverosímil, que hace suponer que el cuerpo cayó a la calle cuando él subía en el ascensor, pongamos por caso, pero no *después*. ¿Qué haría tú, siendo policía, con un asunto así en tus manos?

No supe qué decir. Frank tenía razón. Era un verdadero lío. Un embrollo sin sentido, pero en el que me sentía preso. No conocía a nadie capaz de gastar una broma parecida. Y nadie pudo entrar en mi piso mientras yo hablaba con Fry, para arrojar a Sheila por la terraza. La puerta de servicio del apartamento quedaba cerrada durante todo el día. Sólo la señora Treadwell, la asistente, tenía una llave. Y yo la otra. Había comprobado que esa llave estaba en mi llavero, con las demás.

Estaba pensando en todo ello, cuando la puerta del locutorio se abrió, dando paso a un teniente Fry en mangas de camisa, cansado, con ojos hinchados y rodela de sudor en sus axilas. Me tendió unas hojas mecanografiadas por triplicado.

—Lea eso y fírmelo, por favor —me pidió—. Es su declaración, señor Scoffield.

Luego puede irse.

—¿De veras? —dudé.

—Claro. No necesitaba de momento a su abogado, pero ya que insistió en llamarle... —Y se encogió de hombros, yendo a buscar un vaso de agua al depósito.

—¿No va a arrestarme, entonces? —pregunté, mientras hojeaba mi declaración.

—De momento, no hay ninguna evidencia contra usted. Sólo una llamada anónima, y el hecho de que su esposa es tuviese muerta en la calle cuando yo llegué. Tengo que interrogar a muchas personas y hacer algunas pesquisas. No, no pienso presentar todavía el caso al fiscal del distrito, si es eso lo que le preocupa, señor Scoffield. Pero no trate de abandonar la ciudad bajo pretexto alguno. Entonces sí que habría contra usted orden de busca y captura sin remedio, bajo acusación de asesinato en primer grado. ¿Está claro?

—No tengo por qué huir de nada, teniente —repliqué, altivo.

—Eso dicen todos —resopló. Me miró de soslayo, estrujando el vaso de papel encerado tras beber agua—. Escuche, Scoffield. Personalmente, sospecho de usted. Estoy seguro de que *sólo* usted pudo hacerlo. Y no pararé hasta demostrarlo. Que le sirva eso de aviso. Es todo.

Firmé en silencio. Le devolví las hojas. Frank Donovan me tomó de un brazo.

—Vamos, Barry —invitó—. Creo que debes descansar cuanto

antes...

—Sí, váyase a dormir —refunfuñó Fry—. Yo no tendré esa suerte todavía.

Después de la autopsia, le avisaré para que se haga cargo del funeral y todo eso.

No le contesté. Salí del Departamento de Policía con Frank, y tomamos su coche para ir a alguna parte.

—¿Te llevo a tu casa? —sugirió, mirándome de soslayo.

—No —rechacé—. No podría dormir allí.

—Puedes venir a la mía. A Mildred le encantará poderte ayudar...

—No, Frank, gracias. Prefiero estar solo, pensar un poco antes de dormir...

—Como quieras. ¿Un hotel?

—Será lo mejor. Dile al teniente por teléfono en dónde me hospedo, no vaya a pensar que me he escapado.

—Claro. ¿Te parece bien el Claridge?

—Sí. Es céntrico y tan bueno como cualquier otro. Vamos al Claridge, por favor.

Me dejó allí y se fue a reunirse con su esposa. Yo pude fumar unos cigarrillos y meditar sobre todos los sucesos de la noche anterior, hasta el momento de llegar el teniente Fry a mi apartamento. La conversación con Sheila, su decisión de separarnos y todo lo demás, me hizo el efecto de ser algo tan lejano como el día mismo en que nos conocimos, muchos años atrás, antes de ser ella famosa y rica. Cuando era sólo una modelo de alta costura, soñando con triunfar en Nueva York, y yo emborronaba cuartillas que nadie publicaba, mientras trabajaba como oficinista en una gran empresa editorial, cuyos asesores y dirigentes ni siquiera se tomaban la molestia de leer mis obras.

Ahora, ambos habíamos conseguido alcanzar la cima de nuestro sueño, al menos en parte. Ella era una famosa directora y propietaria de una empresa de alta cosmética, yo publicaba mis novelas de intriga con esa misma gran empresa editorial en la que antes era un don nadie...

Y, de repente, la muerte.

Una muerte súbita, absurda, inexplicable, en plena noche. Rompiendo todo eso en mil pedazos. Convirtiendo a Sheila en una

piltrafa humana destrozada sobre el asfalto, y a mí en un sospechoso de asesinato, como cualquier personaje de mis pretenciosas novelas.

Me quedé dormido pensando en todo eso. Cuando me desperté, el sol estaba muy alto ya sobre Manhattan. Y los periódicos de la tarde que pedí a recepción, traían todos en primera plana titulares semejantes:

FAMOSA MILLONARIA DUEÑA DE UNA EMPRESA
DE COSMÉTICA MUERE MISTERIOSAMENTE.
¿SUICIDIO, ASESINATO, ACCIDENTE? UNA LLAMADA
MISTERIOSA A LA POLICÍA HACE PENSAR EN UN
CRIMEN. LA VOZ ANÓNIMA ACUSA AL ESPOSO,
FAMOSO NOVELISTA DE OBRAS DE MISTERIO.

No había duda. Iba a alcanzar yo mucha fama con todo eso. Una fama negra, siniestra y negativa, que me causaba repugnancia. Pero así es la gente y así es cierta prensa. No podía hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO III

Aunque el funeral fue sencillo, asistió mucha gente a él.

Pese a mis esfuerzos y los de Barnaby Cranston, socio de Sheila en el negocio de la cosmética, por hacer de aquello una ceremonia íntima, acudieron muchas personas del mundillo de los negocios de Sheila, amistades, y hasta reporteros y fotógrafos. No faltó un cámara de la televisión, del que todos huíamos como de la peste. Y ni tan siquiera el teniente Morgan Fry, de Homicidios...

Escuchamos en silencio las palabras del reverendo, elogiosas para la difunta, como se hace siempre en estos casos. Yo las percibía de un modo confuso, como si sonaran distantes, faltas de sentido. Resultaba difícil hacerse a la idea de que se referían a Sheila. A mi mujer. Y que ella estaba muerta.

Tendría que hacerme a esa idea. Pero no iba a ser sencillo. Las cosas habían cambiado tanto de un solo golpe... Y todavía carecían de sentido para mí.

A mi lado estaba Nelly, mi agente literario. Poco más allá, Barnaby Cranston, socio de Sheila en vida. Tampoco faltaba Frank Donovan, mi abogado, en compañía de Mildred, su mujer. Había otros muchos que me resultaban totalmente desconocidos. La mayoría clientes y amistades de Sheila, empleados de su empresa y cosas así. Otros, eran gente de la editorial donde yo trabajaba. Evidentemente, no había sido posible evitar su presencia en la fúnebre ceremonia.

Cuando terminó, iniciamos el regreso a casa. Respondí distraídamente a las numerosas frases de condolencia, y me metí en mi coche, acompañado de Donovan, su mujer y Nelly. Otros coches nos siguieron, con Cranston y algunas personas más. Observé con el rabllo de ojo Que también el teniente Fry seguía el mismo camino. Me inquietó. Había motivo para ello. El teniente había confesado que yo era su sospechoso ideal y no cejaría hasta probar mi

culpabilidad. Yo sabía que era sincero al hablar así. Y que debía guardarme de él. Era como esos perros obstinados y firmes, que nunca dejan su presa.

—¿Qué piensas hacer ahora, Barry? —me preguntó Nelly, mi agente literario.

—No lo sé —confesé.

—Tienes que seguir escribiendo. ¿Cómo va tu último original?

—Sólo a medias. No puedo escribir ahora, Nelly. No en estos momentos.

—Lo comprendo muy bien —suspiró ella, aforrándome el brazo suavemente—. Sólo quería saber si piensas continuar en tu tarea, o los millones de tu mujer te harán cambiar de vida.

—Yo soy escritor, Nelly, no hombre de negocios.

—Tendrás que ser un poco de todo, Barry —sonrió Donovan, terciando en la conversación—. Alguien ha de defender los intereses de tu difunta esposa en el negocio. Cranston no puede quedarse de dueño absoluto de la empresa. A Sheila no le gustaría eso.

—¿No puedes ocuparte tú de eso mientras tanto, Frank? —suspiré, cansado, echando atrás la cabeza en el asiento.

—Sólo como representante legal tuyo. La empresa tiene sus propios letrados, Barry. A la larga, serás tú quien deba aparecer en los consejos de Administración. Eres el heredero legal de tu esposa.

—Cielos, ya lo sé. Daría algo porque no fuera así.

—Ella no hizo testamento —sonrió tristemente Frank—. Era tu esposa y no tenía familiares aparte de ti. La ley, en estos casos, es taxativa. Todo te corresponde a ti.

—Según el teniente Fry, un motivo ideal para desear matar a mi mujer.

—¡Qué tontería! —rechazó Nelly—. Tú solo matas a personajes tuyos en tus obras, Barry. No es posible que nadie piense eso de ti.

—Ojalá fuera cierto. El teniente sí lo piensa, Nelly. Y tiene sus motivos. Si realmente, alguien empujó a Sheila a la calle, ¿quién pudo ser, si estábamos solos en casa los dos?

—No pudieron empujarla —rechazó Donovan, ceñudo—. Son simples teorías policiales, basándose en esa maldita llamada anónima. Debió caer... o se arrojó ella misma, por la razón que fuese. Acabarán comprendiéndolo así, estoy seguro.

—Dios te oiga, Frank —gemí.

Llegamos a casa. Cranston se despidió de mí, rogándome que pasara por las oficinas de la empresa de cosméticos en cuanto me hubiese recuperado un poco del duro golpe. Le prometí hacerlo así, y me dispuse a subir al apartamento donde vivía, donde Sheila encontró la muerte. Tarde o temprano, tenía que reanudar el curso de mi vida, y cuanto antes fuese, tanto mejor.

El teniente Fry me detuvo en el vestíbulo, bajando del coche que le traía hasta allí en pos nuestro. Se acercó con su pesado modo de andar, tras llamarme por mi nombre. Le contemplé, ceñudo.

—¿Qué ocurre ahora, teniente? —le pregunté—. ¿Es que no puedo siquiera descansar tranquilo después del funeral?

—Claro, Scofield. Le dejo enseguida. Sólo quería informarle del resultado de la autopsia, previo al funeral. Preferí hablarle de ello una vez hubiera pasado todo...

—Le escucho, teniente —resoplé, con resignación.

—Como es natural, la señora Scofield murió al estrellarse en el asfalto, por el impacto que destrozó su cráneo. Hasta ahí, todo es normal, como preveíamos. Pero el forense ha descubierto algo más en el cadáver.

—¿Qué es ello?

—Verá... Había residuos de un narcótico en las vísceras de su esposa.

—¿De un... *qué*? —pregunté, sobresaltado.

—Narcótico. Algo no muy fuerte, una mezcla sin duda. Con una bebida alcohólica, alguien mezcló un sedante capaz de aturdiría o adormecerla. En esas condiciones, es sumamente fácil empujar a alguien a la calle, sin que ofrezca la menor resistencia...

Me apoyé en el muro, evidentemente pálido. Descubrí una mirada de horror en los ojos de Nelly Anderson, mi agente. Frank apartose de su mujer para interponerse entre el teniente y yo, con gesto desabrido.

—¿Eso significa una acusación formal contra mi cliente, teniente Fry? —demandó.

—No, no —suspiró con una vaga sonrisa el oficial de Homicidios—. Nada de eso, señor Donovan. *Todavía* no formulo acusaciones. Sencillamente, informo al señor Scofield de algo que puede interesarle, eso es todo...

—En efecto, me interesa —murmuré, abatido—. Yo no

suministré nada parecido a Sheila. Ni parecía estar bajo los efectos de droga alguna cuando vino a verme. No puedo entender lo que sucede.

—Yo tampoco, Scofield. Pero confío en que llegue a entenderlo muy pronto... —Y tras un breve saludo, el teniente se alejó definitivamente, subiendo a su coche oficial y perdiéndose en la siguiente esquina.

Subí al apartamento sumido en sombrías reflexiones. Ni los Donovan ni Nelly me interrumpieron. Sólo Mildred dijo, cuando me detuve ante la puerta y busqué mi llave:

—¿Crees que es lo mejor volver aquí ahora, Barry? ¿No sería preferible que vinieras a casa con nosotros durante unos días?

—No, Mildred, gracias —rechacé—. Esto tiene que hacerse alguna vez. Es mejor ahora que más tarde. Espero que, tras el registro de la policía y el examen de todo el piso, la señora Treadwell habrá dejado las cosas relativamente ordenadas... ¿Queréis entrar y tomar algo?

—Creo que es preferible que entres tú solo, Barry —apuntó Nelly gravemente—. Como tú dices, es algo que debes afrontar de una vez por todas. ¿Te llamo mañana?

—Sí, por favor —ella se alejó con los Donovan, tras despedirme de todos.

Me quedé solo. Sólo ante la puerta de mi casa. Ante el lugar donde la muerte había llamado una noche de forma insólita e inexplicable, estando solos Sheila y yo. Un suceso del todo incomprensible. Un simple absurdo. Pero había ocurrido.

Abrí la puerta. Respiré hondo. El interior en sombras me inquietó. Era como entrar en un mundo diferente. Ni siquiera parecía mi propia casa. Di la luz, pese a ser de día. Las lámparas del recibidor brillaron con fuerza. Entré, cerrando tras de mí.

Caminé despacio, hacia el fondo de la casa. La señora Treadwell había dejado cerradas las contraventanas. Abrí las del gabinete. Y recorrí las persianas de la terraza. Entró la luz solar. Los rascacielos, enfrente, eran agujas de cemento hacia el cielo.

Me estremecí. La terraza vacía, con sus macizos de plantas, me resultó terriblemente hostil. Una ojeada al tocadiscos, me reveló que aún seguía en el plato el mismo disco que se quedara allí la noche del trágico suceso.

Fui a mueble bar y me serví un doble *whisky* sin soda ni hielo. Lo bebí a grandes tragos. Me acerqué a la terraza. Abrí las vidrieras. Por muchos puntos, descubrí huellas de un fino polvillo gris. Los expertos en huellas de la policía, habían pasado por allí. Faltaba la copa de martini. Tal vez Fry buscaba en ella huellas de un sedante o un narcótico.

Me dejé caer en un asiento. No quería pensar en todo aquello. Pero resultaba inevitable. La escena parecía materializarse de nuevo ante mí. Sheila en la terraza, con su copa. Al fondo, los rascacielos iluminados, el parpadeo de los anuncios en la noche...

Yo, dentro, frente a la puerta vidriera, hablando. Y, de pronto, el timbre de la puerta. Acudía a abrir. Era el teniente Fry. Dentro de la casa, ni un ruido, ni un grito.

Ni un grito.

¿Es que no grita una persona cuando se ve saltando al vacío, a menos que sea un suicida? El teniente tendría respuesta para eso: el sedante. Sheila cayó estando drogada.

Pero eso no era cierto. No podía serlo. Un minuto antes, ella estaba normal hablando conmigo de nuestra separación, del fracaso definitivo de nuestro matrimonio. Y al momento, estaba abajo. Muerta en la calle, aplastada sobre el asfalto.

Era enloquecedor. ¿Cómo sucedió? ¿Por qué?

Cuando volví al *living* con el teniente, ya había ocurrido todo. Sheila no estaba ya en la terraza.

Me serví *whisky* de nuevo. Bebí casi a borbotones. Ni siquiera sentía el sabor del *bourbon*. Sólo sabía que necesitaba beber.

De repente, sufrí una sacudida. Como si una descarga eléctrica me alcanzase, llegando hasta el fondo de mi cerebro.

Había sonado el timbre de la puerta.

Me quedé rígido. Tragué saliva. Miré la mano que sostenía el vaso de *whisky*.

Estaba temblando.

—Dios mío... —susurré.

El timbre insistió. Me encaminé al vestíbulo.

Tal vez Donovan había vuelto por algún motivo. O el teniente Fry quería seguir martilleándome con sus sospechas e insinuaciones.

Abrí la puerta bruscamente, cuando el timbre sonaba por tercera vez. No. En esta ocasión, no fue como en la trágica noche. No se

trataba del teniente Fry. No era ningún hombre.

La mujer se quedó mirándome. Pareció algo confusa.

—Perdone... —susurró—. Tal vez he venido a molestarle, señor Scoffield...

Yo la conocía. Era una vecina. La señora Lundigan, me pareció que se llamaba. Vivía debajo de mi apartamento, exactamente. La recordaba bien. A ella y sus fiestas.

—No se preocupe —dije—. ¿Desea algo, señora?

—Bueno, en realidad no sé si debo importunarle con esto. Mi hija me ha dicho que debí hablar mejor con la policía, pero me resulta muy difícil dirigirme a esa gente. La miran a una de un modo, que parece culpable de algo.

—La entiendo —traté de sonreír—. ¿De qué se trata, señora?

—Bueno, es algo que ocurrió la otra noche, cuando..., cuando su pobre esposa... —Y se quedó mirándome, sin saber qué decir.

—Adelante, por favor —la invité tristemente—. Puede decirlo. Cuando mi esposa se mató, ¿no es cierto?

—Sí, sí. Yo daba una fiesta esa noche... Ya sabe que me encanta dar fiestas a mis amigos... Oh, seguro que a veces le he importunado con nuestros gritos, risas y música.

—Nada de eso. Me gusta oír ruidos. Son signo de vida, señora.

Recordé vagamente. El teniente Fry se había equivocado de piso aquella noche. Había oído también el bullicio de la fiesta. La señora Lundigan las celebraba con frecuencia.

—Gracias, es usted un vecino tan amable... Además, mi hija lee sus novelas siempre que se publican. Le encantan, ¿sabe? Dice que es el mejor escritor —de intriga del país...

—Su hija sí que es amable —suspiré, esperando ver adonde conducían sus divagaciones.

—Bien, señor Scoffield, a lo que iba... La otra noche se trataba de una fiesta muy divertida. De disfraces, ¿sabe? Cada invitado iba vestido con un disfraz determinado, a ser posible muy original... Naturalmente, estaba prohibido disfrazarse de Adán y Eva o de *lady* Godiva... [1] —añadió con una risa maliciosa—. Aparte eso, todo era válido. Me resultó fácil identificar a los componentes de la fiesta, pese a todo. Bueno, no a todos, porque uno se me resistió, ya que su disfraz, aparte la originalidad, era sumamente complicado. Me refiero al Jolly Joker...

—¿A *quién*? —se interesó vagamente por el tema de su charla.

—El Jolly Joker. Ya sabe lo que es, ¿no?

—Sí, claro. El Comodín de la baraja de póquer —asentí—. Un curioso disfraz [2].

¿Por qué no pudo identificarlo, señora Lundigan?

—Bueno, llevaba máscara con la cara del Joker... y su atavío de bufón... En fin, era un magnífico disfraz. Nadie le reconoció durante la fiesta.

Empezaba a impacientarme. ¿Qué diablos podía tener yo que ver con un invitado de la fiesta de aquella dama, disfrazado de bufón o de Comodín de baraja? Ella debió interpretar adecuadamente mi expresión, porque se apresuró a hablar, antes de que yo la interrumpiese de nuevo:

—Más tarde, haciendo recuento de todos los conocidos que asistieron a la fiesta, caí en la cuenta de algo muy extraño, señor Scoffield. Yo había distribuido veinte invitaciones a mis amigos de ambos sexos. Recordé justamente veinte disfraces, aparte el mío y el de mi hija. Pero luego... recordé también al Joker. Y me salían *veintiún* invitados, con sólo veinte invitaciones extendidas.

—Tal vez envió alguna de más... —resoplé, resignadamente.

—No, no. Vivían, mi hija, me ayuda en esa tarea. Ella también está segura. Hubo un invitado más. Alguien a quien nosotras no habíamos invitado. Contamos las cartulinas de los asistentes, que era forzoso entregar a la llegada... y había veintiuna, ciertamente. Pero una de ellas era falsa. No venía firmada por nosotras.

—¿Y qué conclusión han sacado ustedes de eso? No le veo la importancia que usted parece atribuirle, señora...

—¿No? ¿No le extraña que la misma noche en que muere su esposa y la policía y la prensa creen en la posibilidad de un crimen, un intruso disfrazado de modo que nadie pudiera identificarle, estuviese en nuestra fiesta con tan extraño disfraz, mostrando un rostro blanco y riente, y usando una invitación falsa?

—Pero eso sucedía en el piso de abajo, señora, no en el mío, desde el que cayó mi esposa...

—Nuestra terraza da justamente debajo de la suya, señor Scoffield, Vivían, mi hija, recuerda que vio en varias ocasiones al Joker por la terraza, solo o mezclado con los demás invitados...

La miré, pensativo. Le hice una pregunta que bailaba en mi

mente:

—¿Quién asociaba la presencia de un invitado así con..., con lo ocurrido aquí esa noche? ¿Usted, señora Lundigan?

—No... —confesó ella, turbada—. La idea fue... de mi hija Vivían.

—Entiendo —asentí—. Creo que lee demasiadas novelas de intriga. No parece sencillo imaginarse a ese Joker entrando en su casa con la idea de matar a una persona que está un piso más arriba.

—¿No pudo llevar consigo un cable, prenderlo a su terraza, escalar la fachada y arrojar a la señora Scoffield al vado, regresando luego a mi fiesta como si nada hubiera ocurrido?

La miré con reproche.

—Esa teoría, señora Lundigan, también es de su hija —afirmé.

—Pues... sí —confesó apagadamente. Parecía decepcionada—. No..., no es factible, ¿verdad?

—Sinceramente, no me lo parece. La vida, señora Lundigan, no es un *cómic* ni una película en jornadas, donde todo lo más absurdo puede suceder. Alguna amistad suya quiso divertirse a su costa, presentándose sin ser invitada, y usando un disfraz grotesco y de difícil identificación. En cualquier momento, desvelarán el misterio, y se demostrará que su hija se ha pasado en imaginar cosas, estoy seguro. De todos modos, le agradezco su interés. Pero creo que debió hablar mejor con la policía. Aunque no estoy seguro de lo que un hombre como el teniente Fry hubiera pensado de semejante historia. Y ahora, señora Lundigan, si me lo permite...

Y cerré la puerta, con mi más cortés sonrisa, dispuesto a no escuchar más tonterías por el momento. Las pisadas de la señora Lundigan, hacia la planta inferior, me revelaron su estado de ánimo. Estaba evidentemente furiosa.

Regresé al *living* maldiciendo la imaginación de la hija de aquejada dama tan dada a fiestas íntimas. Un Joker escalando un rascacielos de planta a planta, colgado sobre la calle, a más de veinte pisos de altura, para arrojar a la calle a una mujer que toma un martini en la planta superior.

Era la teoría más delirante que jamás había escuchado. Si la gente que leía mis novelas tenía una imaginación así, habría que pensar seriamente en escribir otras cosas.

Procuré no pensar más en nada de eso. Y llené de nuevo mi vaso de *bourbon*. Era el mejor modo de olvidar que se me ocurría.

Al moverme junto al tocadiscos, lo puse en marcha sin querer. *Fascinación* empezó a llenar de notas melancólicas la estancia. Lo miré furioso.

Detuve el mecanismo, aparté el brazo del tocadiscos, y tomé el *long-play* en mis manos, partiéndolo rabiosamente y arrojando los trozos a la moqueta.

No me sentí mejor. Pero al menos, el silencio volvió a la estancia. Y no recordé los comentarios de Sheila aquella noche, cuando la vieja melodía sonó en el tocadiscos...

CAPÍTULO IV

—Es tu fortuna actual, Barry: cinco millones de dólares en diversas cuentas, acciones y propiedades, y tu parte en la Sex Beauty Cosmetic Corporation.

Me quedé sin aliento. Nunca pensé que Sheila hubiera llegado a ser tan rica. Pero lo era, y ahora toda su fortuna me correspondía a mí. Miré a Frank Donovan con estupor.

—No puedo creerlo, Frank —gemí—. ¿Qué puedo hacer yo con todo eso?

—No es asunto mío, Barry. Es tu dinero. Me limito a informarte de cómo son las cosas. El teniente Fry va a sospechar de ti más que nunca.

—Frank, yo no quiero dinero. Nunca fui ambicioso en ese terreno, tú lo sabes.

—Claro. Pero Fry no lo sabe. Tienes el gran motivo, Barry. El mejor motivo para ser un asesino. Te hablo como tu abogado. Te advierto de lo que te amenaza.

—Yo te lo agradezco. Pero no tengo miedo. Sé que no pueden acusarme de algo que no hice, que jamás hubiera hecho por nada del mundo. Y aunque lo hagan, terminaré por salir de ello, estoy seguro.

—No lo estés demasiado. Esa autopsia complicó bastante las cosas. Parece demostrado que el sedante iba mezclado con alcohol. Fry quiere probar que ella quizá tomó otro martini donde había droga.

—¿No había nada en el que encontraron en la terraza, por tanto?

—Supongo que no. Pero eso pudiste arreglarlo tú. Es lo que dice Fry.

—¿Has hablado con él?

—Sí. No estuvo muy locuaz, pero pude entenderle bien. Sigue

pensando que sólo tú puedes ser culpable. Y que alguien sabía lo que estaba sucediendo, y avisó a la policía.

—Oh, sí, la llamada anónima... Y ni siquiera saben si era hombre o mujer quien llamó.

—Lo están intentando averiguar. En el Departamento se guarda una cinta con la grabación de todas las llamadas del día, en previsión de casos así. Creo que someterán la cinta al examen de una computadora. Pero puede resultar o no. Depende de la claridad en el timbre de voz del anónimo comunicante.

—De todos modos, eso no me ayudará mucho. Tengo que demostrar que yo no lo hice. Es la única forma de probar que soy inocente, que si hubo realmente un crimen, otro fue su autor, aunque maldito si sé cómo pudo llevarlo a cabo, a menos que fuese invisible...

—Un asesino invisible... —suspiró mi abogado, moviendo la cabeza con pesimismo—. Eso estaría bien para un título de una de tus novelas, Barry. Pero en la vida real es difícilmente aceptable. Las cosas acostumbran ser infinitamente más sencillas de lo que imagináis los escritores.

—¿Tú crees? —Reí con sarcasmo—. Me gustaría que hubieras oído hablar del Jolly Joker...

—¿De qué? —se asombró Frank Donovan, mirándome con estupefacción.

—¿Nunca has jugado al póquer con comodín?

—Y al *gin-rummy* también. Sé lo que significa Jolly Joker. Por eso te preguntaba antes. ¿Qué relación tiene eso con este asunto?

—Nada, por supuesto —me encogí de hombros—. Pero tú hablabas de imaginación... Frank, estoy seguro de que no pudo haber homicidio, ni siquiera accidente. Tal vez Sheila se mató. No sé lo que pasaría por su mente para una cosa así, porque poco antes era una mujer fría y serena, como lo era siempre ella. Pero ¿qué otra explicación cabe de su caída al vacío?

—¿Comprobaste si la entrada de servicio continuaba cerrada?

—Sí. El propio teniente lo comprobó. La señora Treadwell fue llamada a declarar. No se olvida nunca de cerrar esa puerta cuando se va. Sólo hay dos llaves: la suya y la mía. Y yo la llevo conmigo, en mi llavero.

—Pudo existir una llave maestra, si alguien quería entrar en tu

piso sin ser advertido...

—¿Y matar a Sheila mientras yo hablaba en el recibidor con el teniente? Parece muy difícil preverlo todo para planear ese crimen.

—Tal vez el asesino fue el autor de la llamada a la policía. Esperó a que llegase el oficial de Homicidios, y actuó.

—¿Sabía de antemano que íbamos a quedarnos charlando en otra sala? Podíamos entrar en cualquier momento, sorprender al intruso en el *living* o en la terraza, empujando a Sheila o recién cometido su crimen. Era un riesgo suicida, Frank. Lo he calculado todo, y creo que dispuso de un mínimo de tiempo. Además... Sheila no gritó. Eso es lo que más me intriga.

—¿Y si gritó ya en el aire? A esa altura, un grito humano puede perderse. Más aún, si, como dice el teniente Fry, había una ruidosa fiesta en el piso de abajo...

—Oh, la fiesta... —recordé a la señora Lundigan y sonreí amargamente—. Sí, claro. La fiesta de disfraces... y el Jolly Joker.

Solté una carcajada ronca que hizo fruncir el ceño a mi abogado y amigo. Me miró como si estuviese rematadamente loco.

—¿Otra vez ese comodín? —me preguntó—. Barry, tú tienes algo en la mente...

Algo que no quieres decirme...

—Te burlarías de mí si lo supieras. No tiene sentido. Es un disparate más. No me hagas caso.

—Está bien. Sigue divagando, si eso te conduce a alguna parte, Barry —se irritó Donovan, recogiendo su maletín plano, destinado a sus documentos profesionales—. Vine a informarte de lo relativo a tu herencia, porque lo consideré oportuno. Eso es todo. Cranston quiere verte lo antes posible. También tu editor. Y Nelly. Todo el mundo desea hablar contigo. Y tú sigues encerrado aquí, bebiendo, pensando, recordando... No estás haciendo lo más prudente ni adecuado, Barry.

—Tal vez. Pero creo que Sheila se merece, al menos, un recuerdo.

—¿La amabas, después de todo? —se interesó Donovan, mirándome.

—Eso mismo me preguntó aquí Sheila, aquella noche —suspiré cansadamente—. Y no supe responderla, Frank. Muchos pensaban que el amor entre nosotros era imposible por la diferencia de edad.

Yo no pienso igual. Sheila estaba por encima de eso. Era aún una mujer joven, en su plenitud.

—Pero bastante mayor que tú.

—¿Y qué? Cuando nos casamos, yo no pensaba en eso. Creo que fue ella quien hizo de la diferencia de edad una barrera, un trauma... Quizá es cierto que no llegamos a amarnos, no sé. Pero era aún mi mujer. Le debo mi recuerdo, mi respeto...

—Quizá tengas razón. —Frank apoyó su mano en mi hombro—. Te dejo, Barry. Cuando quieras algo, llámame al bufete o a casa. Sabes que estaré siempre a tu disposición, tanto como abogado como en mi calidad de amigo tuyo...

—Lo sé, Frank. Gracias. No lo olvidaré.

Se marchó. Me quedé solo otra vez. Sólo con mis recuerdos. Con mi confusión mental. Clavé los ojos en la botella de *bourbon* y el vaso vacío. Pensé en beber otra vez. Incluso escancié licor en el vaso.

Luego lo aparté de mí violentamente. Salpicó el mueble.

Me puse en pie y fui a la terraza. Me quedé mirando los rascacielos de Manhattan, la jungla de cemento y asfalto donde me sentía como cautivo. Evité mirar abajo, al abismo de la calle. Adonde el cuerpo de Sheila se había hecho añicos bruscamente.

Me aparté de la baranda. Me dispuse a ir al interior de mi apartamento. La idea de beber había vuelto a mí.

De repente, a mis espaldas, como llegando del vacío, del abismo entre altos edificios de cemento, vidrio y metal, sonó aquella voz de mujer:

—Buenas tardes, señor Scofield. ¿Sorprendido? Me volví, atónito, lanzando una imprecación.

Un momento antes, estaba yo sólo en la terraza. Sólo con la panorámica de los edificios, los macetones de plantas y los muebles metálicos.

De repente, a mis espaldas, había surgido, como por arte de magia, una mujer joven, rubia y de espléndida figura, ceñida por una malla azul oscura, y las manos enguantadas.

Una mujer que me miraba con frío sarcasmo, sonriendo burlonamente. Una mujer que, aunque pareciera imposible, acababa de saltar la baranda de la terraza, a veinticinco pisos de altura, viniendo del vacío...

—¿Se ha vuelto loca? ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado?

Eran preguntas precipitadas, que brotaban tumultuosamente de mis labios. Ella se echó a reír, me estudió inquisitivamente, y luego se sentó tranquilamente en el borde de una jardinera de piedra, cruzando sus bien torneadas piernas, enfundadas en la malla oscura de sedoso tejido. Poseía unas largas pantorrillas, unos firmes muslos y unos senos erguidos y bien desarrollados. Y ella sabía todo eso.

—Pregunta demasiadas cosas a la vez —se mofó ella—. Mi nombre es Vivian Lundigan.

—Vivian... —repetí, perplejo—. La hija de la señora Lundigan, mi vecina...

—Exacto —asintió, irónica.

—¡Pero ustedes viven *abajo*! ¿Cómo..., cómo llegó hasta aquí?

—Como pudo haber llegado esa noche el Jolly Joker, señor Scofield. Acabo de hacerle una demostración viva de mi «absurda» teoría.

La contemplé aturdido. Y empecé a sentirme avergonzado.

—Usted... escaló la fachada del edificio —musité.

—Sí —rió ella suavemente—. Eso he hecho.

—¡A veinticinco pisos de altura! —clamé.

—Sin duda. El mío es el vigesimocuarto...

Corrí a la barandilla. Me asomé por el parapeto de ladrillos, mirando abajo con incredulidad. Un cable de cordón de seda, fuerte y tenso, aparecía extendido entre ambos pisos. Enlazaba el de abajo con el mío, enganchando un garfio de acero en las juntas del ladrillo. Sin duda, ella había utilizado ese medio temerario para desafiar al peligro. Como una araña humana...

—Dios... —musité—. Pudo haberse matado... ¿Se ha vuelto loca?

—Lo cierto es que llegué arriba. Y con más facilidad aún podría descender. El cordón está firme, no tiene nada que temer. Eso demuestra que mi teoría no es sólo para un cómic o un viejo filme, ¿no?

—¿Qué está intentando demostrar? —Me irrité.

—Que, aparte de un buen escritor, es usted un presuntuoso y engreído machista, incapaz de admitir una teoría en labios de una mujer, aunque sea lectora fiel de sus obras.

—No tenía que arriesgar su vida para humillarme —me quejé.

—Si se tienen condiciones acrobáticas, no se arriesga nada. Yo soy una buena gimnasta, señor Scoffield. También podría serlo el hombre disfrazado de Jolly Joker.

—Está bien. Admitamos que *pudo* ocurrir como usted sugiere. ¿Por qué subir y matar a mi esposa? Su muerte no beneficiaba a nadie. Sólo a mí, que heredo su fortuna y que iba a separarme de ella. Pero yo estaba aquí esa noche, no vestido de payaso o de bufón en su fiesta, señorita Lundigan.

—¿Cómo puede usted estar seguro de que nadie se beneficiaba con la muerte de la señora Scoffield? Puede haber otros motivos que el dinero. Tal vez ella sabía algo de alguien, un secreto que podía valer la pena de silenciar deshaciéndose de ella... Y eso es sólo un ejemplo.

—Lo que yo pensaba —suspiré—. Ha leído demasiadas obras de intriga, señorita Lundigan...

—¿Sigue empeñado en burlarse de mis teorías? ¿A pesar de esta demostración?

—No me burlo —casi me sentía exasperado ante aquella bonita y obstinada joven llena de imaginación y fantasía, aunque también de una voluntad de hierro, como acababa de demostrar con su audaz experimento—. Admito que resulta muy teatral, muy efectista, imaginarse a un asesino siniestro, con la máscara riente de un comodín de la baraja, escalando un rascacielos para ir a asesinar a una mujer indefensa; pero si le cuento todo eso a la policía, son capaces de encerrarme por loco y no por sospechoso de homicidio.

—Yo se lo contaré, si lo prefiere —afirmó ella con energía, poniéndose en pie y acercándose a mí—. ¿Conoce usted al señor Kenton?

—¿El conserje? Claro que lo conozco. ¿Qué tiene él que ver en esto?

—Esa noche, el señor Kenton estaba sacando los cubos de basura a la calle posterior, cuando alguien bajaba en el ascensor desde una planta alta del edificio. Hacía poco que había dado acceso a un policía cuando ello ocurrió, según me ha dicho.

—Se debía referir al teniente Fry, sin duda. ¿Y qué pasó?

—El conserje se sintió intrigado, por si era el policía quien regresaba, ya que le pareció que el ascensor venía del piso

vigesimocuarto. Y esperó.

—¿Y bien...? —Me impacienté, sin dejar de mirarla.

—Cuando las puertas del ascensor se abrieron, salió un personaje con un disfraz absurdo y grotesco. El lo describe como un payaso de cara enharinada, ropas de bufón medieval y caperuza sobre su cabeza. Tenía un rostro riente, sin duda de goma o material plástico, una simple máscara. Iba enguantado y salía haciendo cabriolas y riendo. Describe su risa como algo horrible, un sonido estridente y ronco a la vez, que más que divertir producía escalofríos.

—¿El Jolly Joker? —pregunté, intrigado aun en contra de mi voluntad.

—Eso parece. El le preguntó que quién era y de dónde venía. El disfrazado le dijo que era un invitado de la señora Lundigan que se marchaba de la fiesta. Y riendo, salió del edificio, sin añadir más. El conserje está seguro de que el personaje llevaba una prenda al brazo, una gabardina o un sobretodo de color oscuro. Pero en ningún momento se lo puso.

—¿Qué demuestra eso? Que algún invitado suyo se aburría en la fiesta.

—¿Justo después de llegar el policía y cuando la gente gritaba ya en la calle, rodeando el cadáver de su esposa, señor Scofield? —dudó ella, casi taladrándome con sus profundos y pensativos ojos de un indefinible tono violeta que fascinaba cuando uno lo contemplaba largamente.

—Admito que es algo sospechoso, pero... —Me encogí de hombros—. Sigue siendo una persona irreal. Alguien sin rostro ni nombre. Sólo una máscara, señorita Lundigan.

—De acuerdo. Pero ¿quién se ocultaba tras esa máscara? ¿Por qué se marchó de la casa apenas ocurrida la tragedia? ¿Por qué falseó una invitación y se presentó sin que sepamos quién era ni por qué lo hacía? Mamá está segura de no conocerlo. Yo también. No vi nada familiar en él, por mucho que trato de recordar sus actividades, sus movimientos, su modo de comportarse. De todos modos, pienso preguntar al respecto a todos los demás invitados. Tal vez alguien pueda recordar algo que nos ayude a identificar a ese extraño personaje...

—¿Por qué va a hacer todo eso?

—Por usted.

—¿Por mí?

—Es sospechoso de asesinato, ¿no? —sonrió ella—. La policía le vigila, la prensa le acosa... Necesita ayuda.

—Pero usted ni siquiera me conoce... Es la primera vez que nos vemos.

—Conozco sus obras. Y no quiero dejar de leer lo que escriba en el futuro, sólo porque le han metido en una celda de por vida, señor Scoffield.

—A eso le llamo yo una mira egoísta —reí con buen humor.

—Por otro lado, usted me puso en ridículo cuando mi madre subió a verle. Se ha mofado de mis dotes deductivas y de mi exceso de imaginación. Me gustaría poderle demostrar que yo tenía razón en todo.

—Empiezo a temer que sea así —suspiré moviendo la cabeza—. Pero sigo sin comprender por qué esa persona actuó de tal modo, por qué asesinó a Sheila, cómo fue drogada previamente, para empujarla al vacío, si no mostraba señales de ello en absoluto... Es todo tan confuso, tan inverosímil...

—Pero ocurrió, señor Scoffield. Usted, que es un hombre práctico, un hombre que maneja la lógica en sus obras, tiene que admitir eso. Alguien mató a su mujer aquí, en este mismo apartamento. Y pudo ocurrir cómo yo deduje: un hombre en nuestra terraza, lanzando un cable al piso alto, escalando luego la fachada hasta arriba, sorprende a la señora Scoffield y la lanza al vacío. Después regresa abajo, desprende el cable y se marcha, pretextando aburrirse en la fiesta. Usted, que está solo con la víctima, y con la policía llamando a su puerta, es el único culpable posible. Un crimen casi perfecto.

—Señorita Lundigan, empieza usted a asombrarme —confesé, absorto—. No sólo tiene imaginación, sino sentido deductivo. Y una voluntad de hierro para sostener sus convicciones, la verdad.

—Casi se muestra amable conmigo —rió ella—. Creo que ha valido la pena subir a verle.

—Otro día que lo haga, por favor, no utilice el mismo procedimiento. Podría morirme de la impresión —le invité, señalando al interior de mi vivienda—. ¿Quiere entrar y tomar algo conmigo? Ya que está aquí, permítame que sea su anfitrión...

—Gracias —asintió—. No me irá mal un martini, por favor.

—Un martini... —Me estremecí.

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Era... la bebida favorita de mi esposa.

—Oh, lo siento. Si prefiere servirme otra cosa...

—No, no. Lo sé hacer muy bien. ¿Guinda al marrasquino o una aceituna?

—Una aceituna, por favor. Lo prefiero.

—Al revés de Sheila. Ella lo prefería con la guinda... Serví a la joven el combinado. Ella lo saboreó.

—Excelente —ponderó—. Tenía usted razón, señor Scofield.

—Llámemme Barry. Somos vecinos, casi amigos...

—Gracias, Barry. A mí puede llamarme Vivían —me miró pensativa—. ¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Me gustaría poder colaborar con usted en esto, sentir me detective por una vez en mi vida... Si ambos investigáramos juntos, tal vez llegaríamos más lejos que la propia policía.

—No creo que eso le agradara demasiado al teniente Fry.

—Oh, él no tiene por qué enterarse —rió la joven—. Podríamos hacerlo calladamente, de forma confidencial y secreta... Como los personajes de sus novelas, Barry.

—La vida no es una novela, Vivían. Las cosas resultan mucho más difíciles que cuando se planean sobre unas cuartillas.

—¿Por qué no intentarlo, pese a todo?

—No puedo moverme demasiado libremente. La policía me vigila. No olvide que soy el sospechoso número uno.

—Pero yo no. Nadie sabe de mí. ¿Qué tal si yo empiezo a investigar?

—Malo —repliqué secamente.

—¿Por qué? —se desilusionó ella.

—Entre otras cosas, porque podría ser peligroso. Si esto fue realmente un crimen y el asesino fue ese Jolly Joker de la risa demoníaca, él sí sabe lo bastante de usted y podría darse cuenta de que está metiéndose en lo que no debe. Es mejor que deje a la policía actuar a su modo, Vivían.

—¿Y dejar que le encierren a usted? No, Barry. Creo que es inocente, como los héroes de sus novelas injustamente acusados por

la policía...

—¿Ya volvemos a eso? —me quejé—. Por favor, Vivian, olvide las novelas. Yo las escribo, pero nunca creo demasiado en aquello que escribo, porque sé que esas cosas no ocurren en la realidad.

—Eso lo veremos, Barry —sonrió ella maliciosa, saboreando su martini lentamente—. Veremos...

CAPÍTULO V

Morgan Fry, teniente de policía, me contempló con los ojos huraños, mientras dejaba de escribir a máquina en su despacho del departamento de Homicidios de la policía de Nueva York.

—Supongo que no habrá venido a contarme todo eso en serio...

—Fue su desesperanzador comentario.

—Lo siento. Totalmente en serio, teniente. Hay varios testigos de la presencia de un falso invitado esa noche en el edificio, justo debajo de mi casa. La señora Lundigan, su hija Vivian, el conserje, John Kenton...

—Un comodín de la baraja... —recitó sarcástico.

—De eso iba disfrazado.

—Extraño disfraz, ¿no cree?

—Sí, algo raro.

—Y difícil de pasar desapercibido. Un asesino no haría eso.

—Pero era un disfraz que permitía usar máscara. Tal vez por eso lo hizo.

—Me suena a novela barata o a tira cómica dominical —gruñó.

—Es lo mismo que yo pensé, teniente. Nunca usaría un truco tan burdo ni tan melodramático en mis novelas, se lo aseguro. Pero el Comodín existió.

—Posiblemente un amigo gastando una broma a los demás, aunque no fuera invitado. Sólo eso, Scoffield. No puedo pensar en asesinos que escalan rascacielos, como Superman o Spiderman.

—Ni yo tampoco. Pero esa chica demostró que se puede hacer. Escaló de un piso a otro.

—Ya —me miró inquisitivo—. ¿Qué relación tiene con esa joven?

—Ninguna. Fue la primera vez que la veía. Se molestó porque yo tomé el asunto con escepticismo, y quiso demostrarme que era factible sin excesivo riesgo.

—Tal vez sea cierto. Pero eso no me demuestra nada. Hace falta un móvil para matar. Usted lo tiene, Scoffield. Millones de móviles, para ser exactos.

—¿Sigue obstinado en que soy yo el culpable?

—Sí. Nada me hará renunciar a esa idea. Sólo es cuestión de tiempo que termine por caer. Yo no tengo prisa. Es posible que por sí mismo se meta de cabeza en el cepo.

—Es un hombre de ideas fijas, ¿eh? —me quejé.

—No le quepa duda —me miró con beligerancia—. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí —afirmé.

—Bien. Le escucho. Como ve, no me niego a cooperar, por si las cosas fueran distintas a como yo pienso.

—Lo son, teniente.

—Pruébelo, y lo creeré.

—Sabe que no puedo hacerlo.

—En ese caso... —Se encogió de hombros—. Adelante. ¿Qué iba a decirme antes?

—Sospecho que la causa de su muerte está en un sitio concreto.

—¿Cuál? —El escepticismo del policía era evidente hasta para el más lerdo.

—El único donde puede haber un motivo que todos ignoramos.

—¿Cuál? —insistió Fry, monocorde.

—La empresa de cosmética y alta costura.

Me miró ceñudo. No sólo no me creía, sino que estaba irritándole.

—¿Se refiere a la Sex Beauty Cosmetic Corporation?

—Sí, a ella me refiero.

—¿Por qué piensa eso? —Enarcó las cejas.

—Es una corazonada. Si yo sé que no he sido culpable, si toda la vida profesional de mi mujer estaba entregada en cuerpo y alma a su empresa, ¿de dónde podía llegar la causa que moviera a un asesino a eliminarla? Para mí, allí está la clave de todo, sea cual sea.

—Con corazonadas no se trabaja en mi profesión, Scoffield. Necesito evidencias, pistas, huellas, pruebas, algo tangible en que apoyarme, no simples teorías de policía aficionado, de escritor de misterios baratos.

No me di por ofendido. Pero le miré fríamente, con disgusto.

—Está bien. No le contaré más, teniente —cortó con acritud—. No le molestaré con mis ideas. Pero si fracasa en este asunto, la culpa será suya. Como heredero de mi esposa, ahora tengo derecho a investigar las cosas de esa empresa, porque formo parte de ella. Y eso ni siquiera usted puede impedirlo. Ya que se niega a ahondar en ese sentido, lo haré yo por usted.

—Muy bien —se encogió de hombros, agresivo—. Vaya deprisa; no sea que una orden de arresto le interrumpa sus aficiones detectivescas, Scoffield.

Abandoné la oficina realmente irritado. Pero estaba decidido. Seguiría las sugerencias de Vivían Lundigan contra viento y marea. Iba a investigar en la empresa de Sheila, porque estaba convencido de algo.

Si había algún lugar en el mundo donde existiera un motivo y un posible culpable de asesinato en la persona de Sheila Scoffield, ese lugar era forzosamente su empresa de cosmética y modas.

Vivían estaba investigando ya a su modo. Yo lo haría al mío.

Pero, como decía el teniente Fry, debería darme prisa. Porque muy pronto podían cerrarse tras de mí las herméticas puertas de una celda. Se trataba de encontrar al verdadero culpable antes de que eso ocurriese.

Un culpable que, posiblemente, reía siniestramente, bajo la máscara de un Jolly Joker de la baraja, cuando abandonó el edificio donde cometiera su crimen...

—¿Está en sus cabales, Scoffield? ¿Aquí, ha dicho?

Barnaby Cranston me contemplaba con ojos encendidos y gesto crispado, que revelaban claramente su cólera ante mis palabras.

—Sí —dije calmosamente, sin inmutarme—. Aquí, Cranston.

—Está..., está sugiriendo que hay un asesino entre nosotros... —tartajeó con ira.

—Ésta, es una gran empresa con muchos empleados y ejecutivos —sonreí—. No estoy acusando a nadie en concreto. Alguien mató a mi mujer, si es que fue realmente un crimen, de eso no hay duda.

—Según los periódicos y la policía, ese alguien podría ser usted, Scoffield. Heredó una fortuna de ella. Y la mitad de esta empresa que está ahora injuriando.

—No injurio nada ni a nadie, Cranston. Yo sé que no la maté. Soy el único que está seguro de eso. Resulta justo que busque al verdadero culpable, por tanto, esté donde esté.

—Y ha pensado en nosotros.

—En alguien tenía que pensar.

—Sólo falta que me acuse directamente a mí —silabeó él.

—No he dicho eso —le miré con aire frío, pero burlón—. Sin embargo, no deja de ser una posibilidad. Usted era su socio y vicepresidente, después de todo.

—¿Y qué? —bramó enrojeciendo—. ¡No me beneficia en nada la muerte de Sheila!

—Eso no puedo saberlo —sonreí—. Sólo porque usted lo dice debo creerlo. Pero imaginemos que había algo oscuro en la contabilidad de la empresa, Cranston, y usted había sido amenazado por ella para desenmascararle ante la ley, acusado de fraude, de abuso de confianza o algo parecido. Ése sería un buen motivo para matar.

—Lo es mucho más heredar cinco millones de dólares y un negocio próspero —casi mordió sus duras palabras mi interlocutor, pero yo no me inmuté. Esperaba algo así.

—La diferencia, Cranston, es que usted no va a ofenderme ni irritarme a mí —advertí con frialdad—. Puede pensar lo que quiera. También lo piensa la policía, y a mí me tiene perfectamente sin cuidado. Pienso demostrar a todos que no tienen razón.

—¿Se cree más listo que nadie, Scofield?

—Posiblemente lo sea —no me importó mostrarme cínico y hasta engreído. Cranston no me caía bien, lo confieso—. Pero la actividad de Sheila se centraba en esta empresa. Era toda su vida. También, quizá, llegó a significar su muerte.

—Es una insinuación calumniosa —insistió Cranston con su tono desabrido—. Cualquiera puede comprobar que aquí todas las cuentas están claras, que nadie oculta nada ni existe el menor motivo para que ella sospechara algo irregular en el funcionamiento de este negocio, como usted ha sugerido.

—¿Incluso yo podría comprobar ese punto, amigo mío? —dudé, sonriente.

—Cuando la ley le declare legalmente heredero del paquete de acciones de su difunta esposa, sí —afirmó Cranston, rotundo—.

Podrá traerse consigo uno o más censores de cuentas a su cargo, si desea aclarar ese extremo.

—Quizá lo haga —me encogí de hombros—. Pero los motivos de un crimen pueden estar en otro punto. No siempre es el dinero el que mueve a los hombres a cometer un asesinato, Cranston.

—A veces, Scoffield, resulta usted odioso —me espetó él con disgusto.

—No creo que en eso puedas tú censurar a nadie, querido —sonó una inesperada voz femenina, desde la suave penumbra del fondo del suntuoso despacho de la Sex Beauty Co., interrumpiendo nuestro diálogo.

—¡Carol! —exclamó él, volviéndose con expresión contrariada hacia el origen de aquella voz, suave y a la vez fría y autoritaria—. ¿Qué haces tú aquí?

—No espiaba, querido. Sencillamente, iba a despedirme de ti porque regreso a casa. Y no pude evitar oír las últimas palabras que ustedes dos cruzaron —unos centelleantes ojos color ámbar se fijaron en mí obstinadamente, desde el óvalo de un rostro hermoso y frío, que enmarcaban los cabellos de un rubio ceniciento, producto sin duda de una peluquería especializada, como lo había sido el gris plateado del pelo de mi desaparecida esposa.

—De todos modos, no es asunto que te concierna a ti, Carol —cortó él, incisivo. Y sin apenas mirarme, como cumpliendo penosamente una norma social, se limitó a presentar, muy seco—: Mi esposa Carol. Querida, este caballero tan poco amable conmigo y con la empresa que dirijo es el viudo de Sheila, el señor Barry Scoffield.

—Lo había imaginado —asintió ella, estudiándome con sus ojos penetrantes y calculadores, sin revelar emoción alguna en su rostro atractivo, de mujer madura, elegante y bella—. Pero es mejor parecido de lo que suponía. Y bastante sincero también, querido.

—¿Ya vuelves con eso? —Se irritó él—. Tu modo de herirme no tiene gracia.

—Ni pretende tenerla, amor —rió suavemente Carol Cranston—. Le acusas de algo que tú también eres, como poco amable, odioso y cosas por el estilo. Nadie, en la empresa, dudaría de que él tiene razón cuando dice que no eres precisamente simpático.

—Nunca he necesitado serlo. Éste es un trabajo donde hace falta

eficacia y actividad. Las sonrisas las reservo para la clientela importante.

—Y para otras mujeres, por supuesto —suspiró ella, glacial. Me miró, con un asomo de sonrisa—. ¿Sería tan gentil de acompañarme, señor Scoffield, si es que ha terminado ya sus asuntos con mi esposo? El siempre tiene trabajo aquí, entre otras cosas porque la mayoría del personal empleado en la empresa es femenino, y llega muy tarde a casa. Si ha venido a hablar de su esposa, yo podría ser también una buena conversadora sobre ese tema. Ocupo un puesto en el Consejo de Administración, soy directora de Laboratorios, y conocí bastante bien a Sheila.

—No te metas en esto, Carol —insistió su marido, furioso—. Sabes que no me gusta verte acompañada por otros hombres.

—Especialmente, si son guapos, jóvenes y atractivos, como el señor Scoffield, ¿no es cierto, cariño? —rió ella con cinismo. Me miró, guiñándome un ojo, se colgó de un brazo y me recordó—: Bien, estoy esperando su respuesta...

—Por supuesto, iré encantado con usted —asentí vivamente, no sabía si por saber algo más de la empresa, de Cranston y de mi propia esposa, o por fastidiar al desagradable caballero Barnaby Cranston, que nunca fue santo de mi devoción, ni siquiera en vida de Sheila, cuando ella era parte de esa empresa, asociada directamente con aquel hombre, ahora el más poderoso de la entidad comercial.

—Gracias, Scoffield —sonrió ella, guiándome hacia la salida—. Adiós, querido.

Nos veremos más tarde en casa, como siempre...

Dejamos atrás a un Barnaby Cranston enrojecido y malhumorado. Carol Cranston insistió en llevarme en su coche deportivo, un «Porsche» amarillo con franja negra, pero yo me opuse, alegando que mi coche estaba aparcado allí y me sería complicado volver a recogerlo, mientras ella podía hacerlo al otro día o pedirle a su marido que lo llevara a casa. Gané esa primera escaramuza. Se sentó a mi lado, en el asiento delantero de mi automóvil, y cuando lo hizo, su falda se subió lo preciso para que yo descubriese la tersura y atractivo de sus muslos, que ella no hizo nada por ocultar.

Arrancamos, de regreso al centro urbano. Ella me miraba de

soslayo. Yo sólo prestaba atención a la ruta. La dejé que hablase primero, y lo hizo.

—¿Qué anda buscando exactamente, Scoffield? —me preguntó al fin. Me encogí de hombros. Era una buena pregunta. Y de difícil respuesta.

—A un asesino —dije.

—Creí que eso era labor de la policía.

—Y lo es. Pero están obstinados en acusarme a mí de la muerte de Sheila.

—¿Y no es cierto que usted la mató?

—Cielos, claro que no.

—No necesita negármelo. Aunque me lo confesara, no hay testigos para demostrarlo. Y yo tampoco le denunciaría.

—¿No tendría miedo de viajar junto a un asesino?

—Los asesinos no siempre son monstruos. Son seres humanos que matan por algo.

No creo que exista un motivo para que usted me matase a mí ahora.

—Es usted muy cínica, señora Cranston.

—Y usted muy atractivo, Scoffield —me puso descaradamente su mano, larga, esbelta, muy bien manicurada, con uñas esmaltadas de color terracota, encima de mi rodilla y apretó suavemente la pierna suya contra la mía, transmitiéndome su tibio calor—. Llámame Carol, simplemente.

—De todos modos, Carol, lamento defraudarla —sonreí—. No maté a mi mujer.

Busco al que lo hizo.

—¿Y creyó que ese alguien podía ser mi marido, Barnaby? —rió ella, divertida por semejante idea.

—¿Por qué no? Eran socios, amigos... Tiene tantas posibilidades como cualquier otro.

—También, según eso, pude haberla matado yo.

—Sí, ¿por qué no? —Me volví y la miré pensativo, mientras doblábamos lentamente una curva—. ¿Tenían buenas relaciones las dos?

—No éramos amigas, pero nos tratábamos. Las mujeres bonitas nos repelemos mutuamente. Es un sentimiento muy femenino. Ella era más hermosa y más joven que yo. Nunca se lo perdoné.

—No es motivo suficiente para matar. ¿O sí?

—No, no por sí solo. Pero imagine que me hubiera engañado, acostándose con Barnaby. Yo, celosa, hubiese preparado su muerte. Es plausible, ¿no?

—No del todo. Lamento molestarla, pero Sheila hubiese tenido muy mal gusto engañándose con su esposo.

—¡Treinta a nada! —rió, parodiando a un contador de tenis—. Ésa sí que es buena, Scoffield. La verdad es que no me ofende. Barnaby es un ser despreciable por muchas razones. Pero lo descubrí demasiado tarde. Menos mal que tiene dinero y negocios, y eso me resarce en parte de la tarea de soportarle junto a mí. Tiene razón, Scoffield. Su mujer no le hubiera engañado nunca con mi marido. Es más, creo que en el fondo le aborrecía, y él a ella, aunque sus relaciones comerciales fuesen aparentemente correctas.

—El odio también conduce al crimen.

—Ya le dije que no niego que Barnaby pudiese matarla. Pero no le veo capaz de un acto tan arriesgado. Es demasiado cobarde para convertirse en un asesino.

—Con lo que cerramos el abanico de posibilidades, por el momento. Si usted no la mató, ni su esposo tampoco, ¿qué otra persona podía conocerla lo bastante para tener el motivo y planear todo tan cuidadosamente?

—No puedo ayudarle mucho en eso, pero cuando dos mujeres nos tratamos, acostumbramos saber más de la otra que ninguna persona. Usted quizá ignoraba que Sheila tenía estrecha y habitual relación con cierta persona...

—¿Con quién? —Me puse tenso a la espera de su respuesta.

—Se trataba de un hombre, Scoffield —me advirtió ella.

—No importa.

—Un hombre joven y guapo, por añadidura.

—Dije que no importaba. ¿Quién era él? Ya no tiene objeto tener celos de nadie.

Ni había motivo para ello íbamos a separarnos.

—Entiendo —bajó la cabeza, pensativa. La oí pronunciar un nombre—. Se trataba del doctor Dwight Gullagher.

—¿Un médico? —Me sobresalté.

—Sí, un médico —asintió ella lentamente—. ¿Se lo dijo ella alguna vez?

—No, nunca. No nos veíamos demasiado últimamente. ¿Qué clase de médico es?

—No lo sé. Nunca fui a verle. Pero he oído hablar a otras mujeres que iban a su consulta. Es un hombre joven y muy atractivo.

—Sheila no parecía enferma. Su aspecto era saludable...

—Pienso igual. Por eso imaginé que su relación con el doctor Gullagher era de otra naturaleza.

—¿Un amante? —Sonreí con amargura.

—¿Por qué no? Es una posibilidad. Yo nunca lo dije, pero otras personas de la compañía murmuraban de ella a sus espaldas. Ese médico parece tener fama de donjuán.

—Bien... —medité, volviéndome a mirarla—. Trataré de averiguar algo en ese sentido. ¿Por qué trata de ayudarme?

—Ya se lo dije antes. Me atrae usted. Es tan atractivo... Y conozco algunos de sus libros. Si es tan brillante como los protagonistas de sus obras, no le será difícil encontrar al culpable, estoy segura.

—Allí se trata de personajes de ficción. Y yo manejo a mi criaturas a mi gusto. La vida no es así, Carol.

—No esté tan seguro de ello, Barry. Trate de imaginar que usted ha ideado este crimen en los folios de una novela, y debe aclararlo como sus personajes de ficción. Tal vez eso le dé alguna idea.

—Tal vez, pero aún no me he parado a pensar en ello —sonreí—. Todo esto me afecta demasiado directamente para que pueda ponerme en una situación desapasionada y fría.

—Lo entiendo —suspiró—. Creo, que en el fondo, usted amaba a su mujer, Barry.

—No sabría responderle a eso. Ni quiero pensar ya en ello.

—Lo comprendo —asintió ella, mirando distraída al exterior mientras nos aproximábamos a las señas que me había dado previamente al subir al coche—. ¿Quiere subir y tomar una copa conmigo, Barry?

—No gracias —rechacé—. Dispongo de poco tiempo. Debo aprovecharlo al máximo.

—Como quiera. Veo que mi presunta conquista me ha fallado. Tendré que recurrir de nuevo a Ronald Laverne...

—¿A quién?

—Oh, no, nadie que usted conozca —rió, encogiéndose de hombros—. Se trata del químico principal de la compañía. Un hombre guapo. Y complaciente. Creí que usted también lo sería. Ahora veo que está demasiado ocupado persiguiendo a una sombra, para pensar en mujeres. O tal vez esté enamorado sin saberlo. De su desaparecida esposa... o de otra mujer, Barry.

—No hay otra mujer en mi vida, por el momento —rechacé. Y, sin saber por qué, unos profundos y bellos ojos color violeta pasaron fugazmente por mi memoria. Un cuerpo esbelto y bien formado, enfundado en una malla, se hizo presente por unos instantes en el recuerdo. Lo ahuyenté con facilidad, añadiendo con el tono más firme de que era capaz—: Nadie, Carol. Pero tiene usted razón. No pienso más que en el ser a quien busco. Posiblemente un Joker que ríe en la noche...

—¿Un... qué? —Se sobresaltó ella, mirándome asombrada, mientras yo reducía la velocidad, cerca ya de su domicilio, en Central Park West.

—No, nada —suspiré, moviendo la cabeza—. Era algo en lo que estaba pensando. Cabe la posibilidad de que el asesino llevara un disfraz cuando mató a mi mujer... El disfraz de un comodín de la baraja, con su horrible rostro burlón y deforme...

—Casi me asusta usted —se estremeció ella, aprensiva—. No me gustaría encontrarme con alguien así, la verdad... Bien, ya hemos llegado.

Frené ante el edificio de piedra oscura donde vivían los Cranston. Una residencia costosa, sin duda alguna. El negocio de cosméticos era rentable. Yo lo sabía bien, por la suma que Sheila me había dejado en herencia.

—Gracias por su ayuda, Carol. Hasta otro día.

—Hasta siempre, Barry. Confío en que, una vez resuelto su problema, volvamos a vernos. Entonces no le dejaré escapar tan fácilmente... —me sonrió con sus labios carnosos, se inclinó rápida hacia mí y me besó en la boca.

Luego se apartó, dirigiéndose con rápido taconeo hacia su vivienda. Yo puse en marcha el coche, pensando en su joven y guapo médico al que Sheila visitaba con frecuencia, sin habérmelo dicho jamás.

Cuando llegué a casa, busqué su nombre en la guía telefónica.

No saqué mucho en claro. Allí solamente indicaba «Medicina general», sin más explicaciones. Residía en Lexington, cerca de la calle Noventa y Seis. Me pregunté si sería así por la proximidad de ese lugar a dos hospitales importantes de la ciudad, como eran el Metropolitano y el Monte Sinaí.

Llamé a su teléfono repetidas veces, pero siempre asomó la voz impersonal y mecánica del contestador automático, para que dejase allí mi mensaje. Las horas de consulta del doctor Gallagher eran siempre por la mañana, de diez a dos. Tomé buena nota de ello para el día siguiente.

Acababa de colgar cuando llamaron a la puerta. Me puse en pie, aprensivo. Tal vez el teniente Fry venía con su orden de arresto, después de todo.

Insistieron en la llamada, y pensé que era mejor abrir. Si era la policía, eran capaces de echar la puerta abajo. Abrí.

No era la policía. De momento casi no la reconocí, hasta que sus ojos color violeta me revelaron su identidad. Vestida de tarde, Vivian Lundigan cambiaba mucho a como yo la había conocido, trepando temerariamente por la fachada del edificio. Era elegante, juvenil, encantadora. Me miró con su contagiosa sonrisa.

—¿Le molesto, Barry?

—No, no —negué—. Entre, Vivian. Acabo de llegar...

—Sí, oí sus pisadas y la puerta, cuando entró. Estos edificios modernos tienen los tabiques y techos muy delgados. ¿A usted no le llegan nunca las pisadas de su vecino de arriba?

—La verdad, no —negué, sorprendido, mirando al techo—. Nunca he oído nada ahí. Debe estar deshabitado...

—Sin duda. En caso contrario, no hubiese podido dejar de escuchar ruidos, pasos, y hasta voces si elevan demasiado el tono. ¿Ha descubierto algo?

—Todavía no. Sólo que hay algunas sospechosos más en el asunto. Pero nada concreto. ¿Desea tomar algo?

—Sí, gracias —sonrió—. Prepara usted muy bien los martinis...

—Gracias. Con aceitunas, ¿verdad? —Reí suavemente, yendo al mueble bar.

—Eso es —asintió, risueña. Miró en torno, y me soltó de pronto la noticia—: ¿Sabe que ya he descubierto quién es el Jolly Joker?

Casi derramé fuera el vermut. Me volví, sobresaltado, pensando

que se reía de mí.

—¿Qué ha dicho? —balbucí—. No estará hablando en serio, ¿verdad?

—Totalmente en serio, Barry —dijo ella con expresión grave—. Claro que puedo estar equivocada, pero no lo creo. Vea esto, por favor.

Me tendía un recorte de periódico que había sacado de un bolsillo de su vestido. Lo tomé, tras sacar mis manos, mojadas por el martini que casi derramé. Un anuncio recuadrado aparecía en el recorte. El rostro de un Jocker de la baraja me sonrió desde el papel, estremeciéndome.

Leí las letras que acompañaban aquella imagen extraída de un naípe, pero que cobraba ahora un siniestro significado para mí:

La mejor atracción imaginable. Un artista único en su género. Jeremy Laverne, el Jolly Joker de la risa y la emoción. Vea sus alardes acrobáticos y su humor inconfundible. En todas las ferias y atracciones del país. ¡No lo olvide!

—Cielos... —murmuré—. ¿Dónde ha encontrado esto, Vivían?

—En un ejemplar del *Variety* de hace varios meses. Fue algo casual. Podría ser él, ¿no es cierta? Acróbata, payaso... Coincide todo: caracterización, facultades para escalar un edificio...

—Pero ¿por qué a Sheila? ¿Por qué? Ella no tenía nada que ver con el mundo del espectáculo. Ella no se relacionaba con ferias, circos ni atracciones, que yo sepa...

—Supongamos que ese tal Jeremy Laverne fuese solamente un asalariado, el encargado de arrojar a la calle a su mujer, por orden de otra persona...

—Un momento —la interrumpí—. *Laverne*... acaba de mencionar usted ese nombre.

—Por supuesto. ¿No lo ha leído? Figura escrito ahí, en el anuncio...

—Sí, sí, pero apenas si me había fijado en ello. Ha sido al oírlo en sus labios... Me recordó algo... Alguien mencionó no hace mucho ese mismo nombre, pero ¿quién? Laverne... Laverne... Y estoy seguro de que fue también una mujer... ¡Oh, ya lo tengo!

Miré con sobresalto y perplejidad a mi joven amiga y vecinita.

Ella abrió mucho sus bellísimos ojos color violeta.

—¿A qué se refiere? —indagó.

—Otra mujer, Carol Cranston, una compañera de mi esposa... mencionó a otro Laverne esta noche. Pero ése era Ronald... Ronald Laverne, creo recordar... y trabaja de químico en la empresa de mi difunta mujer...

—Demasiada coincidencia para ser casual, ¿no cree? —me sugirió Vivian Lundigan.

Y ésta vez, no tuve más remedio que asentir. Ella tenía razón. No podía ser una casualidad. Pero entonces, ¿qué estaba sucediendo realmente?

CAPÍTULO VI

Mis llamadas a Carol Cranston no tuvieron el menor éxito.

O no quería atender el teléfono, o había salido apenas me marché yo, para reunirse con su amigo del momento, el tal Ronald Laverne.

Renuncié a seguir llamando, y colgué el teléfono con malhumor. Vivían no me perdía de vista. Parecía fascinada con el nuevo enfoque del misterioso asunto. Y yo debía reconocer que su colaboración empezaba a ser en verdad estimable.

—Nada —mascullé—. No contesta.

—Tal vez se ausentó. Puede iniciar mañana las indagaciones, Barry...

—Mañana tal vez sea demasiado tarde, y el teniente Fry me haya metido entre rejas. Creo que hay que aprovechar cada hora, Vivían.

—Sí, pero ¿cómo?

—Usted parece empeñada en ayudarme, en colaborar conmigo —dije, mirándola. Ella asintió, sin pestañear.

—Sabe que sí. Lo haré con alma y vida, Barry.

—Vivían, esto es muy arriesgado, pero podríamos investigar por lados opuestos los dos para ganar tiempo.

—Le escucho. Ya le digo que haré lo que me pida.

—¿Aunque sea peligroso?

—No tengo miedo, si se refiere a eso. Además, ¿quién puede saber que yo estoy metida en esto con usted?

—No se confía demasiado. El asesino a que nos enfrentamos es muy listo, no hay duda... Voy a llamar al *Variety*, a la redacción. Ellos pueden informarme de la persona que lleva la representación artística de Jeremy Laverne e inserta los anuncios. Si hay alguien en esta ciudad que no duerma por las noches, ese alguien es un agente artístico, Vivían. Buscaré a ese hombre y trataré de saber localizar

ahora al Jolly Joker de ese anuncio.

—Me parece una espléndida idea. ¿Y yo qué debo hacer, entretanto?

—Ir a las señas que le daré, y tratar de hablar con Carol Cranston en mi nombre. Si la localiza, trate de hacerlo con Ronald Laverne, el químico de la empresa de cosméticos Sex Beauty, pero sin decirle nada que le relacione con Sheila. Indague sobre su hermano con cualquier pretexto. Y dígame enseguida lo que averigüe. Estableceremos un plan de trabajo y unas horas concretas para llamarnos mutuamente a determinados números telefónicos de cabinas públicas. ¿De acuerdo, Vivían?

—De acuerdo, Barry —le brillaban los ojos con la excitación de la aventura—. Confíe en mí.

—De eso no le quepa duda. Pero recuerde que debe adoptar precauciones. Esto no es un juego. Alguien podría ponerse nervioso y atacarla. No trate de aparentar que sabe demasiado.

—Deje el asunto en mis manos, Barry. Ahora, veamos esas horas y teléfonos. Y que haya suerte para ambos.

—Amén —concluí con fervor, tomando un bolígrafo y papel para ultimar detalles con mi bella y audaz colaboradora.

Había empezado nuestra búsqueda en la noche radiante de Nueva York.

Una carrera contra reloj, entre parpadeos de anuncios luminosos, destellos de faros de coche, escaparates y ventanas encendidos y abiertos a la noche, en aquel engañoso mundo de ruido y de luz que era la gran urbe. Tras la máscara resplandeciente, yo sabía que sólo oscuridad y terror nos esperaba a ambos al acecho. Y un asesino de risa petrificada en una careta de goma, posiblemente dispuesto a matar otra vez...

Ivan Goldberg era un jovial y afable agente artístico que parecía disfrutar con su trabajo, fuese cual fuese la hora del día o de la noche. Lo encontré en un bar de artistas de la calle Cuarenta y Cuatro, cuyos muros aparecían salpicados de fotografía y caricaturas autografiadas, por los más famosos actores de cine, teatro o variedades.

—¿Jeremy Laverne? —Se echó a reír, afirmando enfáticamente, mientras mordisqueaba un excelente habano con aire de *manager*

de boxeo—. Claro que lo conozco, amigo. ¿Quién no conoce a Jeremy Laverne en Nueva York? ¡Es una gran figura del *music-hall* y del circo, aunque últimamente se dedica preferiblemente a ferias y parques de atracciones, sólo porque esa clase de trabajo le gusta! Si desea contratarle, yo le garantizo que quedará altamente satisfecho del viejo Laverne. Y conste que eso de «viejo» sólo es un apelativo cariñoso. Conserva toda su agilidad y energía, y es el primero aún en hacer reír con sus concurrencias... ¿De qué local me dijo que era empresario, amigo?

—No lo dije —sonreí—. Pero lo cierto es que quiero contratar a Jeremy Laverne para una gira por el Oeste, con un espectáculo de primera categoría. Ya sé que no está en su mejor momento, pero lo recuerdo de cuando era el mejor en lo suyo, y he pensado que bien valdría la pena...

—¿Que no está en su mejor momento? —protestó Ivan Goldberg, que era capaz de vender como flamante atracción al propio Buffalo Bill en su ataúd, o a los nietos de Bill Hickock, si es que éste tuvo nieto alguna vez—. ¡Vamos, vamos, amigo, que conocemos bien el negocio del espectáculo los dos, para engañarnos con tonterías! No le voy a cobrar caro por Laverne, porque admito que es un artista maduro, pero de eso a estar en decadencia, va un abismo... ¿Cuánto durará esa gira exactamente, y por qué ciudades?

—Bueno, recorreremos Los Ángeles, San Francisco, Sacramento, el estado de Washington, y posiblemente Oregón, Wyoming y otros puntos así. Llevo una mezcla de «rodeo», atracciones de circo y de *music-hall*, que puede dar gran resultado... —mentí con toda sangre fría—. Pero necesitaría antes ver a Laverne, hablar con él...

—Oh, pero ¿es que cree que el viejo Goldberg sería capaz de engañarle. —protestó con ampulosos ademanes—. Le aseguro que Laverne está como en sus mejores tiempos, y yo personalmente, como representante suyo, puedo firmar los contratos y...

—No hay trato —rechacé vivamente—. Laverne puede cobrar doscientos dólares diarios, trabaje o no, durante seis meses, pero sólo si Yo, personalmente, le veo actuar y hablo con él. En caso contrario, amigo Goldberg, elegiré a otro para su puesto, y no se hable más.

Puse en la mesa el importe de nuestras consumiciones y me incorporé, disponiéndome a marcharme. La estratagema dio

resultado. El tal Goldberg actuó como yo esperaba. Me detuvo, aferrándose por un brazo, y cedió con un resoplido:

—Está bien, está bien. No se hable más. Usted es un tipo duro, ya veo. Ah, los empresarios de hoy no son los de los viejos tiempos. Entonces, la palabra era la palabra... Le diré dónde puede ver a Jeremy Laverne esta misma noche. Trabaja a última hora en el parque de atracciones de Jersey City. Nada importante, comprenda. Pero a él Se gusta, y...

—Entiendo —le corté, sonriendo. Estreché su mano—. Mañana nos veremos en su despacho, amigo Goldberg. Seguro que Laverne me gustará...

Me marché del local. Había conseguido mi objetivo. Goldberg se hartaría de esperarme al otro día, sentado en su despacho. Era un feo y sucio trabajo, pero a veces había que hacer cosas así para obtener algo. Como en las novelas que yo escribía, La vida, a veces, no era tan diferente al blanco campo desnudo de un folio en el rodillo de la máquina de escribir, después de todo.

Aquella misma noche, llegaba a Jersey City a toda velocidad, tras un primer contacto con Vivían Lundigan, mediante el cual supe que la señora Cranston seguía sin estar en casa. Y ahora iba a ocuparse de Ronald Laverne, el químico de la Sex Beauty, al que sí había logrado localizar en parte? Cuando menos, acostumbraba acudir a un club nocturno de Broadway, y allí iba a investigar mi joven y bella colaboradora.

El Jolly Joker apareció en escena.

Me estremecí. Era como ver la imagen misma que me describiera la señora Lundigan. Evoqué a Sheila, evoqué la noche de su muerte, y sentí un escalofrío de horror ante la efigie del payaso que parecía arrancado de un mazo de naipes.

Como un bufón de la Edad Media, con su caperuza, sus cascabeles, su absurdo ropaje, su apariencia contrahecha, y un rostro que no era sino una simple máscara en materia plástica, adherida a la auténtica faz del artista, brincaba, saltaba por la escena, contaba chistes viejos, algunos de ellos: graciosos y otros no, daba volteretas con sorprendente agilidad, y en ocasiones canturreaba con voz aguda y estridente tonadillas picarescas que arrancaban algunas carcajadas del público del entoldado, no demasiado numeroso, ésa es la verdad.

Jeremy Laverne estaba pasado de moda. Su arte era viejo, y apolillado. Solamente le quedaba la facilidad de sus acrobacias, la elasticidad de unos músculos que empezaban a ser ya excesivamente veteranos para aquella labor. Ahora comprendía por qué iba dando tumbos por ferias y barracones. No le quedaba otra cosa por hacer.

¿Sería posible que la señora Lundigan hubiera visto a aquel hombre entre sus invitados? ¿Era éste el que identificó el conserje del edificio, Kenton, saliendo de la casa la noche del crimen?

Todo coincidía, pero...

Además, no debía de olvidar algo: se llamaba Laverne. Igual que un químico de la Sex Beauty Corporation. Como dijera Vivían, *demasiado* casual para serlo en realidad.

Terminó el Joker su actuación con una cabriola fantástica y unas acrobacias en un trapecio, rematadas por un *gag* sin demasiada gracia. La gente, algo aburrida, aplaudió por simple trámite. Yo me puse en pie y eché a andar por el lateral del entoldado de la feria de Jersey City, en dirección al escenario.

En las tablas, sustituyendo al viejo cómico del aspecto grotesco, salían ahora unas muchachas metiditas en carnes, bailando una pieza alegre. Su presencia, la generosidad de sus pechos y sus macizos muslos despertaron en parte de su somnolencia a los escasos asistentes. Yo alcé una cortina lateral y me metí en un amplio escenario desordenado, en el que discutían unos cómicos a voces, por algo que no entendí bien. El Jolly Joker, empezando a desprender la máscara de su rostro, venía hacia mí, con aire distraído.

Me quedé mirándole. El me descubrió en ese momento. Noté cómo sus ojos se clavaban en mí. No había duda de que reflejaban sorpresa. Y sobresalto.

Jeremy Laverne me conocía. Eso era obvio. Ya no podía permanecer oculto. Seguí mi marcha en dirección a él, con decisión. Separó la mano de su rostro, sin quitarse la máscara.

—Oiga, Laverne... —empecé a decir.

No esperó a más. Echó a correr, dando media vuelta con aire despavorido. Yo vacilé, sorprendido por su acción. No había previsto una fuga tan ciara, una reacción tan profundamente culpable.

—¡Laverne! —rugí—. ¡Vuelva! ¡No tiene escapatoria!

El tipo siguió su carrera, derribando a un tramoyista y cruzando el escenario atropelladamente, entre las chicas que bailaban ante el público. Esta vez, sí. Su aparición provocó risas en los espectadores. Yo le seguí, cruzando a la carrera el escenario, sorteando a las coristas, en medio de las carcajadas del público. Ellas me miraban atónitas, procurando recomponer su formación. Fue una lástima no repetir el número. La gente empezaba a pasárselo en grande ante lo que creía un nuevo truco cómico.

Lo cierto es que Laverne no pensaba repetirlo, ni yo tenía interés en iniciar una carrera como artista de variedades en las ferias. El maldito Joker corría como alma que llevase el diablo, y hasta a mí, mucho más joven que él, me costaba mantener la distancia. Por una puerta trasera, salió del entoldado, a la luz, bullicio y confusión del parque de atracciones de Jersey City.

A aquellas horas de la noche no había demasiada gente ya entre las atracciones, pero las luces cambiantes, las voces de los empleados, llamando al público, el ruido de los carruseles y vagonetas, la música ruidosa de los altavoces y todo lo que una feria lleva consigo daban a nuestra carrera un aire alucinante y extraño. El conocía bien el terreno que pisaba, y buscaba evadirse entré las diversas barracas y establecimientos. Su rapidez de movimientos y su agilidad de acróbata le daban también una notable ventaja.

Pero yo no pensaba ceder. Seguía tras sus huellas, resuelto a darle caza como fuese. Ahora sabía que no estaba sobre una pista errónea. El era el hombre que acudió la noche del crimen a mi edificio y estuvo en la fiesta de la señora Lundigan. No había duda de eso ahora. Me había identificado. Y huía de mí. Eso era revelador. Como una confesión de culpabilidad.

No volví a llamarle por su nombre. No hubiera servido de nada en medio de todos aquellos ruidos de la feria. Ni él me hubiera hecho el menor caso. Estaba asustado por mi presencia allí, y sólo pretendía escapar, alejarse de mí.

Rodeó un carrusel lleno de luces parpadeantes y deslumbradoras, para introducirse luego entre el metálico entramado de una montaña rusa. Yo le seguí, implacable, resuelto a todo. Ahora que le había encontrado, no pensaba dejarle. El enigma

estaba a punto de desvelarse por fin, y no era cosa de volverse atrás en el momento decisivo.

Mucha gente nos miraba con asombro, preguntándose si aquella carrera no formaría parte del reclamo para atraer espectadores a alguna atracción. El derribó en su fuga a una mujer y casi se estrelló contra un puesto de caramelos y azúcar hilada. Yo estuve por dos veces a punto de zambullirme en unas casetas de tiro y en el estanque de un inefable Túnel del Amor. Pero salvé los obstáculos y proseguí tras él.

Estábamos llegando al límite del recinto ferial, y las luces escaseaban ya bastante más, así como la gente y las atracciones. El terreno se hacía menos accidentado. Y eso me beneficiaba a mí.

De repente, se detuvo ante un puesto donde restallaban alegremente cohetes y petardos a lo largo de un tinglado de flores de papel, señalando así la victoria de un forzado en su prueba. El empleado llevaba al ganador un gran oso de peluche azul, con sonrisa satisfecha.

Me miró. Sus ojos reflejaban profunda angustia y parecía empezar a sentirse realmente agotado por la carrera. Lo cierto era que yo tampoco me encontraba en plenitud de facultades tras aquel maratón.

Y de forma inesperada, se desplomó.

Cayó de espaldas, lanzando un grito ronco, agudo, que no atrajo la atención de nadie, porque la traca de estampidos impedía escuchar cualquier otra cosa. Se quedó inmóvil en medio de la feria.

Tal vez le había fallado el corazón. Ya no era lo bastante joven para soportar una prueba así, pensé acercándome a él a la carrera. Me arrodillé a su lado, sin que nadie, a mi alrededor, se hubiese fijado siquiera en lo que sucedía.

—Laverne... —susurré—. ¿Qué le pasa?

No contestó. No se movía. Le arranqué la máscara. Debajo del plástico gomoso, apareció un rostro macilento, lívido, cubierto de arrugas. Debía de ser un hombre de más de cincuenta años, ajado físicamente, con huellas de sufrimiento en su gesto.

Tenía los ojos azules, muy abiertos y vidriosos.

Le busqué el pulso, algún indicio de aliento. No lo encontré.

Estaba muerto, de eso no había ninguna duda. Maldije entre dientes, incorporándole un poco. Ya se acercaban algunos curiosos,

atraídos por la escena. Retiré mi mano de su espalda, al sentirla mojada por algo caliente. Miré los dedos.

Estaban empapados de sangre. Atónito, giré su cuerpo, miré su espalda...

Todos los que estaban ya próximos a nosotros descubrieron lo que sucedía al mismo tiempo que yo. Oí un grito ronco de mujer, reflejando terror. Yo mismo sentía ahora un sudor frío empapando mi piel.

En la espalda de Jeremy Laverne, el Jolly Joker, se abría un boquete en su chaqueta, de tela desgarrada por el impacto de algo circular que se había hundido en su cuerpo, a la altura de los pulmones.

No hacía falta ser muy listo para saber de qué se trataba un proyectil.

Le habían matado ante mis propios ojos. Un asesino, en medio de la feria de Jersey City, había terminado con la vida del sospechoso número uno.

La gente se arremolinó junto a mí, interesándose por lo que sucedía. No contesté a ninguna de sus preguntas. Estaba mirando mi mano ensangrentada, y luego mis ojos recorrieron aquel cerco de rostros alarmados en torno mío, buscando algo, no sabía el qué.

No vi nada especial, a nadie sospechoso. No descubrí el posible paradero del tirador que abatió a Jeremy Laverne de un solo disparo. Pero en alguna parte, entre barracas de atracciones, casetas de tiro y juegos divertidos, entre luces, ruido y gente, se emboscaba ahora un criminal tras haberme conducido de nuevo al principio, sin sacar nada en claro.

—Habrà que llamar a la policía —dijo alguien cerca de mí—. A ese hombre le han matado...

Asentí, sin saber qué hacer. Recordé lo que dijera Vivían Lundigan aquella misma noche.

—Puede ser solamente un asalariado, el hombre que cometió el crimen por orden de alguien...

De nuevo la bonita e inteligente Vivían había dado en el clavo. Pero ahora, Laverne ya no diría a nadie quién fue la persona que le contrató para matar a mi esposa. El personaje de la risa en una máscara, había dejado de reír para siempre. Y también de hablar.

CAPÍTULO VII

—¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé, Vivían. Tenía que hacerlo, fuese como fuere. No podía quedarme allí, ser interrogado por la policía... Ellos avisarían a Nueva York. Sería el primer sospechoso del asesinato de Laverne en la feria. Y el teniente Fry me haría arrestar sin remedio.

—Y para huir de esa posibilidad, Barry, no se le ocurre otra cosa que huir...

—Fue sencillo. Había demasiada confusión en la feria. Cuando quisieron darse cuenta, me había marchado. Oí las sirenas de la policía en mi camino de regreso a Nueva York. Al parecer, nadie dio con mi rastro.

—Pero darán con él, ¿no lo comprende? Cuando el teniente Fry sepa que un hombre de su descripción desapareció de Jersey City tras morir asesinado el hermano de un químico que trabajaba para su esposa, va a sumar dos y dos... y le van a salir cuatro, sin remedio.

Vivían tenía razón otra vez, maldita sea. Yo sabía eso. Pero no había podido evitarlo. Fue un acto instintivo. Me había escabullido del recinto ferial, dejando allí al difunto Laverne rodeado de gente, esperando a la patrulla policial. Tal vez era un grave error. Pero no quería dejarme atrapar. No aún. Ahora era más condenadamente Culpable que nunca, a ojos de la policía. ¿Quién iba a creer mi historia de que fui a Jersey City a buscar a un posible asesino para obligarle a confesar, y éste resultó muerto de un disparo, después de verme todo el mundo salir en persecución suya?

Aferré el teléfono con fuerza, respirando hondo. Era mejor no romperse la cabeza pensando en las posibles consecuencias de mi acción.

—¿De modo que localizó a Ronald Laverne? —pregunté a Vivían con voz tensa.

—Sí. En el club que mencionaron. Es un asiduo cliente. Le gustan las chicas ligeras de ropa y de grandes senos —rió su voz infantilmente por el auricular—. Es un pájaro de cuenta. Y bebe igual que un cosaco. Logré engatusarle un rato, y me contó que tenía un hermano mayor, un bala perdida que había elegido la carrera de artista para pasar hambre y calamidades por el mundo. Pero cuando intenté ahondar más y mantener quietas sus manos, lo estropeé todo. Me preguntó si yo era de la policía o trabajaba en alguna agencia de detectives privados, y me echó con cajas destempladas.

—De modo que seguimos como al principio. Nada de nada.

—Al menos, sabemos dos cosas: que Laverne estuvo realmente en el edificio aquella noche. Que intervino de alguna forma en el asesinato de su esposa, usando quizá la fachada para cometer su delito. Y que no estuvo solo, sino en complicidad con alguien más, que ha optado por silenciarlo para siempre. Eso ya es algo.

—Sí, ¿y adonde nos conduce? A otro callejón sin salida, Vivían.

—Por Dios, no sea pesimista, Barry. Aprenda de los héroes de sus novelas.

—Al diablo con mis novelas. Esto es mucho más difícil.

—Tiene una moral como para animar a cualquiera —me reprochó. ¿Qué tal si nos reunimos en alguna parte y planeamos un nuevo sistema estratégico?

—¿A las dos de la mañana? —protesté, consultando mi reloj.

—Por mí no sufra. Mi madre es una mujer muy comprensiva. Y mañana no trabajo.

Es sábado, ¿lo había olvidado?

—No sé ni en el día en que vivo, amiga mía.

—Es la ventaja de tener un trabajo independiente —suspiró—. Yo estoy ahora en la Cuarenta y Dos, esquina a Broadway. He intentado localizar de nuevo a la señora Cranston. Siguen sin contestar al teléfono.

—No insista. Tal vez tenga una aventura nocturna.

—¿Y su marido? ¿No tenía que regresar a casa?

—Lo habrá pensado mejor. Me dieron la impresión de no llevarse demasiado bien. Nos veremos en la estación del metro de Times Square, dentro de media hora; ¿de acuerdo?

—De acuerdo, sí. Y mucho cuidado, Barry. Es posible que en

poco tiempo, figure usted en las órdenes de arresto del teniente Fry. No pase por su casa. Será una buena medida de precaución.

—De acuerdo, Sherlock Holmes —reí, aun a mi pesar, dominando por un momento mis profundas preocupaciones—. Hasta luego.

Colgué. Media hora más tarde, me reunía con ella sin problemas en Times Square. Y unos minutos después, estábamos tomando café en un local abierto toda la noche, lo más lejos posible de sus ventanales. No quería dejarme ver demasiado por la policía. Sobre todo, después de lo que me había dicho Vivían al reunirse conmigo en la estación del *subway* de Broadway.

—He llamado a su casa, Barry —me informó—. Simple corazonada. Descolgaron. La voz de un hombre preguntó. Reconocí al teniente Fry. Naturalmente, colgué sin preguntar nada.

Me estremecí. Eso significaba algo malo. Muy malo. El teniente había entrado en mi casa. Debía llevar orden de registro. Y otra de detención para mí. Ya tenía encima la tormenta en toda su intensidad. Con un poco de suerte, me acusarían de dos asesinatos.

—No puedo entenderlo...

—¿Qué es lo que no puede entender, Barry? —dejó de dar vueltas a su café, para mirarme pensativa.

—Todo esto —gruñí—. La muerte de Sheila fue el primer absurdo. Luego está ese hombre, Laverne, con su disparatado disfraz... El asesinato en la feria... ¿Cómo pudo saber el asesino que yo había encontrado a Laverne?

—Tal vez le vigilaba a él, temiendo que alguien pudiera localizarle. Y actuó al ver que estaba a punto de ser un peligro. Si estaba asustado, podía hablar demasiado.

—¿Y si me vigilaban *a mí*? —sugerí sombríamente.

—¿A usted? —Vivían enarcó las cejas. Sus pupilas color violeta me contemplaron ensimismadas—. Sí, ¿por qué no? Tal vez le seguían desde que estuvo en la empresa de cosméticos esta noche. Es factible. Luego, al verle ir a Jersey City, tras entrevistarse con un representante artístico, comprendió el asesino que estaba sobre la pista, y resolvió silenciar a su cómplice.

—Fuese como fuere, eso nos deja como estábamos, Vivian.

—Eso ya lo dijo por teléfono —ella reflexionó, mirando distraída al local semivacío—. Pero tiene que haber algo que podamos hacer

aún...

—Sí. Por la mañana, visitar a un joven médico que pudo ser amante de mi mujer.

Es todo lo que me queda en la agenda.

—Ya es algo. Tal vez ese médico nos lleve a alguna parte. Toda persona que tuvo relación con su esposa ha de ser considerada necesariamente sospechosa. Ahora que sabemos que hay alguien más que Jeremy Laverne, podemos reconstruir en parte los hechos. Alguien planeó matar a Sheila Scoffield. Para ello, ideó un complicado plan criminal, que conduciría a arrojar por la terraza a su mujer mientras usted se ausentaba a abrir a un oficial de policía atraído allí por una llamada anónima. Eso le señalaría como sospechoso número uno, dejando al verdadero culpable al margen de todo riesgo. Un plan tan extraño como inteligente.

—A veces, me resulta, incluso, demasiado extraño —confesé sordamente—. ¿No pudieron encontrar otro medio de asesinar a mi esposa, Vivian?

—Evidentemente, nos hallamos frente a una persona compleja, de ideas retorcidas, de mentalidad sinuosa —comentó ella—. Pudo haberle matado a usted en vez de disparar sobre Laverne, pero no lo hizo. Es como si estuviese jugando un gato con un ratón.

—Y yo soy el ratón —rezongué malhumorado.

—No puede evitarlo —sonrió Vivian, poniendo una de sus manos sobre la mía, encima del mantel—. En esta farsa, es el asesino quien reparte los papeles. Pero a veces, el ratón puede escabullirse. Y si es lo bastante astuto, hasta puede vencer al gato.

—Que yo sepa, eso nunca ocurre.

—Puede ser ésta la excepción —dijo Vivian jovialmente—. Tenemos cuatro sospechosos por el momento. ¿Examinamos sus posibilidades?

—¿Cuatro? —dudé.

—Sí. Barnaby Cranston, su socio. Pudo deshacerse de ella por motivos financieros o de tipo profesional, como fraude, engaños en el control de la empresa, etc. O por una razón de otro tipo, como un asunto pasional.

—¿Con Cranston? Es posible, pero me parece poco probable.

—No se puede descartar nunca ese motivo cuando muere una mujer, Barry. Luego tenemos a Carol Cranston, su mujer. Puede

haber rivalidad, celos...

—¿Celos de Cranston?

—O de Ronald Laverne. Es el típico conquistador alegre y frívolo. Pudo tener algo con su esposa. Y Carol, celosa, decidió deshacerse de Sheila Scoffield. Por parecidos motivos, acaso por ser rechazado o por ocultar un romance perjudicial, Ronald Laverne también pudo desear la muerte de Sheila. El hecho de que su propio hermano fuese cómplice del asesino le da bastantes posibilidades, ¿no cree?

—Sí, eso es cierto —admití—. ¿Y el cuarto sospechoso?

—Ese joven médico que usted citó.

—¿El doctor Dwight Gullagher? —Sacudí la cabeza—. Sí, supongo que sí. Y por motivos semejantes siempre: algún asunto amoroso, celos o necesidad de ocultar su idilio. Incluso podría llevarnos a un quinto sospechoso, si esa persona existe, Vivían.

—¿Quién?

—Una señora Gullagher..., si es que existe, repito.

—Perfecto —aprobo con ojos brillantes—. Empieza a funcionar como un personaje de sus novelas, Barry. Ya va deduciendo cosas. Puede haber una esposa despechada que desee matar a la amante de su marido.

—¿Y si no existe tal esposa?

—Eso no será difícil de comprobar —sonrió Vivian guiñándose un ojo.

Fue a por una guía telefónica de Nueva York, y buscó en la letra G., hasta dar con un Dwight Gullagher. Pero ella había dado con su dirección particular, no con el consultorio que yo localizara. Apuntó esa línea con su dedo.

—Espere un momento, Barry —dijo risueña—. Sólo será una comprobación...

Se fue a la cabina telefónica. La vi marcar un número, esperar... y luego hablar por el micrófono. Tras unas cortas palabras, colgó, volviendo a la mesa. Hizo un gesto de victoria con los dedos, evocando al viejo Churchill.

—Sobresaliente para el investigador Barry Scoffield —dijo con jovialidad—. Existe una señora Gullagher. Al menos, una mujer que admite serlo por teléfono, claro.

—¿Qué le ha dicho? —me sorprendí.

—Pedí asistencia médica urgentemente, diciendo que era paciente suya.

—¿Y qué respondió?

—Algo muy simple. No podía atenderme, por estar de guardia hoy noche en el hospital donde presta sus servicios, al margen de su consultorio privado.

—¡Cielos, un hospital! —repetí—. No había caído en eso. ¿Dijo su nombre?

—Claro —rió Vivían con buen humor—. Recuerde que soy una chica lista, Barry.

Es el Metropolitan, en la Primera Avenida.

—Debí imaginarlo —me levanté, dejando el dinero en la mesa—. Vamos hacia allá. El tiene muy cerca su consultorio.

—¿Ya quiere verlo ahora mismo? —Pestañeó Vivian.

—Puede no haber otra oportunidad. Recuerde que el teniente Fry puede caer sobre mí en cualquier momento.

Salimos del local y tomamos mi coche para dirigirnos al Metropolitan Hospital, aunque yo sabía que corríamos el riesgo de que mi placa hubiese sido ya dada a las patrullas para su localización, su Fry sabía algo de lo sucedido esa noche en Jersey City. Mi única esperanza, por el momento, era que el teniente no relacionase los informes sobre la muerte del payaso y el hombre evadido, con mi persona.

Estábamos llegando ya al Metropolitan Hospital, cuando recibí el golpe de gracia. Vivian había conectado la radio para escuchar un programa musical de madrugada.

De pronto, interrumpieron la emisión, para dar el boletín informativo de las tres y media de la mañana. La noticia saltó casi al final, y a punto estuve de perder el control del volante.

—Y terminamos nuestro boletín informativo de alcance, señoras y señores —habló el locutor con su tono monocorde y aburrido—, dando lectura a una nota facilitada por el Departamento de Homicidios de la policía de Nueva York. Se busca en la ciudad a un conocido escritor, cuya esposa falleció recientemente en una aparente caída accidental desde un elevado piso. Se ha dado orden de arresto contra Barry Scoffield, como presunto culpable de los asesinatos de su esposa, Sheila Scoffield, y no hace muchas horas, también de la muerte de Carol Cranston, en su casa de Nueva York.

Seguiremos informando. Ahora con ustedes, nuestro programa musical de nuevo.

CAPÍTULO VIII

—¡Carol Cranston...!

Nos miramos largamente, mientras las luces del hospital asomaban allá al fondo, en la recta línea de la Primera Avenida. Mis manos se crispaban en el volante. Vivían Lundigan mostraba una expresión desolada.

—Dios mío. Otra muerte... —la oí murmurar—. Tres en poco tiempo...

—Dos en una sola noche —asentí—. El asesino va deprisa...

—Por eso no respondían al teléfono. Carol Cranston está muerta... Ya debía estarlo, poco después de dejarla usted en casa.

—Se nos evapora otro sospechoso. Sólo quedan ya tres.

—Cuatro aún, con la señora Gallagher, no lo olvide —rectificó.

—Pero sólo uno para la policía: yo.

—Cranston no debió volver esta noche a casa —meditó Vivían en voz alta—. O si volvió, huyó asustado, informando a la policía..., si es que fue él quien la informó.

—De modo que algo parece cierto —miré tras de mí, a la madrugada llena de luz, de vehículos y de animación, a pesar de tan avanzada hora. El hecho de iniciarse el fin de semana daba más vida a la ciudad—. Me vigilan. Me siguen *a mí*. Sólo así pudo el asesino saber que hablaba con Carol Cranston, con Jeremy Laverne... Se limita a ir tras de mis pasos, y así elimina obstáculos.

—¿No ha notado nada, no has visto a nadie? —preguntó Vivían, preocupada.

—No, a nadie... excepto a usted, Vivían —dije bruscamente.

—¿Yo? —Ella pegó un leve respingo—. ¿Qué sugiere, Barry?

—No me haga caso —resoplé—. Ya quería ver *cinco* sospechosos...

—Le comprendo —sonrió tristemente—. Para usted, soy una extraña. Su vecina.

Subí la fachada sin dificultades. Pude haber matado a su mujer. Tal vez un amor oculto hacia el gran Barry Scofield, mi admirado autor. Todo encaja. Ahora conozco sus movimientos al dedillo. Podría aprovecharme de ello para ir eliminando gente...

—Pero está fuera de sospechas, Vivían —suspíré.

—Menos mal. No me lo pareció. ¿Por qué dice eso ahora?

—Imposibilidad material. Usted estaba en Times Square cuando yo me hallaba en Jersey City, recuérdelo.

—No, no —negó ella, con sonrisa sardónica—. Comete un grave error, Barry.

—¿Cuál?

—Yo *le dije* que estaba en la esquina de Broadway y la Cuarenta y Dos. Era yo la que telefoneaba a Jersey City, según quedamos en la anterior llamada, a una determinada cabina junto a la feria. Pude decirle que estaba en Broadway, sin ser cierto. Y llegar antes allí, para esperarle en la estación del metro.

—Es cierto —ensombrecí el gesto, aparcando frente a las luces del edificio hospitalario—. No se pueden cometer errores tan graves, Vivían. No sirvo para detective, la verdad.

—No diga tonterías —rió ella suavemente—. Está confuso, eso es, todo. Además, en la vida no existen seres infalibles, como Sherlock Holmes, Poirot o Charlie Chan. Eso sólo ocurre en las novelas, usted lo sabe.

Bajamos del coche. Avancé hacia el hospital, cuyas luces brillaban crudamente en la madrugada limpia y sin contaminación. A aquella altura de la Primera, el tráfico era ya muy escaso a medida que avanzaba la madrugada. Las ambulancias entraban y salían por la zona de urgencias del centro hospitalario.

No tardamos en localizar al doctor Dwight Gallagher. Por fortuna, no tenía en esos momentos caso alguno urgente, aunque había atendido a un alcohólico en pleno *delirium tremens*, según me dijeron, y a una parturienta en estado crítico, sólo unos minutos antes.

Nos recibió en un consultorio aséptico e impersonal, donde parecía tan postizo como el ejemplar de *Penthouse* que había sobre una mesa, junto a dos o tres, boletines médicos. Naturalmente, le había dado mi nombre, aun a riesgo de que hubiese escuchado las noticias transmitidas por radio. No podía ser de otro modo, si

quería saber algo sobre mi propia esposa.

Me pareció en principio un hombre sin ninguna inquietud ante mi identidad. Se limitó a mirarme fijamente mientras me saludaba, y luego arrugó el ceño, al atender a Vivían.

—Es una buena amiga —expliqué, para que no pensara cosas raras—. Y vecina, además. También era buena amiga de mi esposa.

Esto, naturalmente, ya no era cierto, pero él no tenía por qué saberlo. Su ceño se despejó, nos hizo sentar, y me preguntó, estudiándome cauteloso:

—Bien, señor Scoffield, usted dirá a qué ha venido aquí a tales horas...

—Intenté verle en su consultorio esta tarde —volví a mentir—. Luego su esposa nos dijo dónde hallarle. Se trata de algo relacionado con Sheila Scoffield, una paciente suya.

—Sí, lo imaginaba —asintió—. Sé que era mi paciente, señor Scoffield. Pero no veo qué puede interesarle en ese sentido. Si ella no se sinceró con usted en cuestiones médicas, yo tampoco voy a hacerlo, como comprenderá. Existe algo llamado ética, secreto profesional y todo eso.

—Pero mi esposa está muerta, doctor —le dije fríamente—. Asesinada, según la policía. Yo sostengo que pudo ser un accidente e incluso un suicidio. Usted puede saber algo que me ayude en ese sentido.

—¿Por qué supone que podría alterar los hechos un informe médico confidencial?

—Es una simple posibilidad, doctor. Sé que iba a su consulta, pero no sé a qué. Aparentemente, gozaba de buena salud. He oído comentarios poco gratos al respecto.

—Entiendo —sonrió gravemente el médico. Era joven, rubio y bien parecido, tal y como dijera la difunta señora Cranston—. Usted ha venido a verme porque supone que su esposa podría visitarme por razones ajenas a su salud, ¿no es eso?

—Francamente... sí —admití, sin pestañear.

—Me gusta su modo crudo de afrontar las cosas, señor Scoffield —meneó la cabeza de un lado a otro—. Ser médico sin ser viejo, feo y poco atractivo para las damas, a veces resulta un grave pecado. La gente se inventa cosas... No digo que no hayan existido a veces relaciones ajenas a mi profesión, cuando una paciente me ha

buscado. Pero eso no ocurre siempre, afortunadamente. Su esposa, señor Scoffield, no era de esas, se lo aseguro. Sus visitas a mi consulta eran estrictamente por motivos médicos. ¿Responde eso a su pregunta?

—Sí —afirmé—. Creo en su palabra, doctor.

—Gracias. Ustedes no se llevaban muy bien, ¿verdad?

—No, no muy bien. Vivíamos distanciados íbamos a separarnos.

—Lo suponía, aunque ella nunca me lo dijo. Hay cosas que se notan. De todos modos, creo que ella le amaba mucho.

—¿Usted cree? —dudé, mirándole perplejo.

—Sí. Era una mujer extraña. Introvertida, poco expansiva. Pero le amaba. También eso lo noté. La verdad, señor Scoffield. Ella..., ella nunca quiso revelar la verdad.

—¿Qué verdad? —Me estremecí.

—La que le llevaba a mi consulta. No deseaba dañarle demasiado. Pero una vez se le escapó un comentario impulsivo, tal vez el único que pronunció en mi consultorio.

Esperé, en silencio, sin saber realmente qué decir. El me ayudó, continuando la conversación.

—Lamentaba que hubiera tan poco tiempo. Eso dijo ella.

Y añadió que era una lástima haber comprendido demasiado tarde lo mucho que quería a su esposo. Y lo triste que resultaría perderle para siempre, antes incluso de una separación legal...

—¿A qué se refiere, doctor?

—No quiero ocultárselo más. Tiene derecho a saberlo, señor Scoffield. A ella, después de todo, ya ningún daño puedo causarle con esto. Su esposa, Sheila Scoffield..., padecía un tumor mortal.

—¿Qué? —exclamé, con un hilo de voz, cambiando una mirada de asombro con Vivían.

—Un cáncer de mama, para ser exactos —informó—. No era posible ya intervenirla quirúrgicamente, porque era demasiado tarde. Le quedaba muy poco de vida, señor Scoffield. Y ella lo sabía...

—Cielos. Nunca imaginé...

—Lo comprendo. Ella ocultó la amarga realidad. Tal vez se suicidó. Dígle a la policía que les facilitaré gustoso sus análisis y radiografías, para que comprueben si existió suicidio. El silencio, en este caso, no conduciría a ninguna parte.

—¿Cómo, Dios mío? —murmuré—. ¿Cómo pudo suceder...?

—A veces, como suceden estas cosas. Aparecen de súbito, no se pone remedio, y cuando se intenta ya no hay solución. Pero en ella, creo que tuvo un motivo concreto.

—¿Un motivo? —Le miré, atónito.

—Digamos que el cáncer se provocó por culpa de unas prótesis de siliconas en sus senos. Un procedimiento de, belleza muy arraigado en la actualidad, y siempre peligroso. Ello, sin duda, desencadenó la anomalía. Según me contó ella, era un nuevo método muy sofisticado de mejorar la línea del pecho femenino, y lo iban a lanzar pronto al mercado. Espero que no haya sido así. Pudo ser un caso aislado el suyo... o llevar el procedimiento algo nocivo que provoque la alteración celular y, en consecuencia, la aparición del tumor maligno...

Me puse en pie, vacilante. No comenté nada, mientras él hablaba. Sólo recuerdo que me despedí del joven doctor Gallagher dándole las gracias por todo, y rogándole disculpara mis recelos. No pareció darle importancia, y nos despidió cordialmente a ambos.

Me detuve en la acera del hospital, respirando el aire fresco y húmedo de la noche. El East River corría cerca del hospital, y su brisa llegaba hasta allí en la madrugada limpia de brumas.

—Dios mío... —murmuré, sacudiendo la cabeza—. ¿Quién podía pensarlo?

—Un tumor mortal... Condenada a muerte a fecha fija o poco menos... —Vivían me apretó el brazo con fuerza—. Barry, de veras lo siento. Pero aun así, no fue suicidio. No pudo serlo. O no hubieran muerto después Carol Cranston, Jeremy Laverne...

—Sí, es cierto. Muy cierto, Vivian...

Caminamos lentamente hacia el aparcamiento del hospital. Ella parecía tan turbada como yo mismo. No pronunciábamos palabra hasta llegar a mi coche. Cuando íbamos a subir a él, su mano apretó mi brazo con mayor fuerza.

—Un momento, Barry —me pidió.

—¿Sí? —Me volví a mirarla.

—Recuerdo haber visto en ocasiones a tu esposa. Pocas veces, pero la vi.

¿Necesitaba ella prótesis de siliconas en los pechos?

—Bueno, tenía unos senos pequeños pero muy firmes y erguidos.

No le gustaban las mujeres con demasiado pecho. Decía que no eran estéticas, aunque el americano medio sufra complejo de glándulas mamarias habitualmente. ¿Por qué lo preguntas?

Estaba intimando por momentos con aquella muchacha, casi sin darme cuenta.

Ella también me habló ahora como si nuestra amistad datara de mucho tiempo.

—Escucha, Barry. Ella no necesitaba, por tanto, prótesis de ese tipo. ¿Por qué se las aplicó?

—No lo sé. ¿Tiene eso alguna importancia?

—Puede tener mucha. ¿Has pensado en una posibilidad?

—¿Cuál?

—Ella era importante accionista de la Sex Beauty. Deseaba lo mejor para su empresa, lógicamente. El departamento de productos de belleza debió crear un nuevo estilo de tratamiento para el seno femenino, a base de siliconas y alguna otra novedad más. Y lo que hizo Sheila fue experimentarlo en sí misma, antes de lanzarlo al mercado.

—¿Y qué, si lo hizo así? El experimento resultó funesto...

—Exacto. Resultó funesto. ¿Por qué? Algo falló en el procedimiento. —Algún producto químico no era el adecuado y constituía un grave peligro para la salud humana. Ella lo supo cuando el doctor Gallagher diagnosticó cáncer por causa de esas siliconas.

—¿Adónde quieres ir a parar, Vivian?

—A esto: ¿fue un error químico *casual*? ¿O fue *intencionado*?

—¿Estás sugiriendo...?

—Estoy sugiriendo que pudo haber mala fe por parte de alguien, conocedor de la naturaleza peligrosa del producto. Pese a ello, injertó a tu mujer esas siliconas, y el cáncer se presentó. Podía ser un crimen perfecto. Sólo que ella podía sospecharlo. Y eso estropea el plan de alguien. Entonces, hubo que eliminar a Sheila, antes de que ella, en sus últimas semanas de vida, desenmascarase al culpable, acusándole de un homicidio fríamente planeado.

—Eso sí tiene sentido, Vivian; pero resulta tan increíble... Provocar una muerte mediante siliconas y procedimientos de belleza...

—Por el contrario. Para un buen químico resulta sumamente

sencillo. Si no se descubren sus causas, es un crimen perfecto. Virtualmente, fue como inocularse a ella un cáncer letal.

—Pero ¿quién pudo hacerlo?

—A eso voy. ¿Quién dirige el departamento químico de la Sex Beauty?

—Carol Cranston —musité—. Y está muerta...

—Entonces, ha de ser alguien que también manipula los productos de belleza, que crea métodos de estética... Alguien de esos mismos laboratorios.

—Carol mencionó al químico jefe de esos laboratorios —dije, excitado—. ¡Ronald Laverne!

—Laverne... Debí imaginarlo —los ojos violeta brillaban con una luz desconocida, vital y exaltada—. Barry, hay que hacer algo. Y creo que sé dónde y con quién...

—¿Ronald Laverne?

—Sí, el mismo. Tal vez esté aún en aquel club nocturno... o sepan allí dónde podemos encontrarlo.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —murmuré, penetrando violentamente en el coche—. Tú dirás hacia dónde vamos, Vivían...

Me lo dijo. Poco después, volábamos sobre el asfalto, en dirección al club nocturno donde Vivian Lundigan se entrevistase la primera vez con Ronald Laverne, el químico de la Sex Beauty, y hermano del asesinado Jolly Joker.

CAPÍTULO IX

Ya no estaba en el club. Se disponían a cerrar éste cuando llegamos, pasadas las cuatro de la mañana.

Los empleados se limitaron a decirnos que no sabían dónde estaba el señor Laverne. Pero tuvimos suerte. Cuando ya se marchaba, una mulata con aspecto de dedicarse a la profesión más vieja del mundo, se detuvo, me dirigió una ojeada calculadora, y sonrió, guiñándome un ojo.

—Yo sé dónde está ese cerdo —dijo escuetamente.

La miré. La presencia de Vivían a mi lado no me favorecía gran cosa con la mulata, que sin duda buscaba algo a cambio de su información. Pero como no podía hacer otra cosa, busqué en mis bolsillos, reuní tres billetes de veinte dólares y los enrollé, metiéndoselos en la canal de sus abundantes senos. Ella rió, con una aviesa ojeada a mi compañera.

—Ya veo —dijo—. Si vinieras solo, sería otra cosa, guapo... Aceptaré tu dinero sin nada a cambio, de todos modos. Ve al hotel Rex. Está ahí mismo, dando vuelta a esa esquina. Acostumbra llevar allí a sus fulanas. Hoy no quiso saber nada conmigo y se llevó a una fulana de ojos rasgados y piel de limón. Buscará algo exótico, el muy bastardo... Suerte, chicos.

Se fue, contoneando sus caderas y trasero. Vivían y yo nos miramos, sonriendo.

—Adelante —gruñí—. Vamos a ese hotel.

—Barry, no te conviene armar escándalo en un hotel a estas horas... —me previno ella.

—Te equivocas —reí—. Es al hotel al que no le convienen los escándalos...

Era cierto. El hotel tenía un aspecto decente, pero sin duda servía para las parejas y las prostitutas, aunque no estuviese declarado como tal. El conserje de noche era un tipo fuerte, pero

advirtió que yo también lo era, y pareció tan preocupado por la sombra de un escándalo, que se plegó sobre sí mismo como un acordeón cuando le espeté sin rodeos:

—Eh, amigo, tiene a un tipo en su hotel que debe salir inmediatamente o yo subiré a por él. Ésta es su mujer y yo soy su cuñado. Y está acostado con una fulana de raza oriental, ¿está eso claro? Se llama Laverne, por si no lo sabía.

—Cielos, no quiero escándalos aquí —miró implorante a la todavía asombrada Vivían—. Señora, una cosa así podría cerrarnos el hotel, compréndalo.

—Yo sólo comprendo que mi marido está arriba ahora con otra —replicó Vivían, que se adaptaba a las mil maravillas a cualquier enredo donde la metieran—. Lo mejor sería que avisase a la fulana para que se largara sin jaleo, y yo subiría con mi hermano a la habitación que ocupa mi marido. Le prometo que no habrá escándalo si lo hace así, amigo.

—Está bien —se enjugó el sudor, resoplando—. Aguarden aquí. Esa fulana tiene un chulo peligroso. Le diré que ha venido. Se irá en dos minutos, seguro. Luego pueden ustedes subir. Pero por favor, nada de escándalo, recuerden. Yo no podía saber...

—Nada, amigo. Esté tranquilo —sonreí—. Todo irá bien si colabora. Habíamos pensado llamar a la policía, pero si usted se pone en razón, no veo motivos para complicarle las cosas.

—Son muy amables —parecía a punto de besarnos los pies. Tomó el teléfono, marcó el número de una habitación y largó su cuento chino con una sangre fría pasmosa.

Sólo tres minutos más tarde, una joven oriental, posiblemente filipina, pasó ante nosotros como una exhalación, abotonando aún su blusa, y se perdió en la madrugada. El tipo de la conserjería señaló hacia la escalera con el pulgar y se limitó a decirnos:

—Habitación número seis, señores... Y gracias por todo.

Le dirigí una mueca digna de Bogart en uno de sus filmes «negros», y subí con Vivían por la angosta escalera. Llegamos hasta la puerta número seis. Estaba cerrada. Golpeé con los nudillos.

—¿Quién diablo es ahora? —Sonó una estrepitosa voz de hombre dentro.

—El conserje, señor —remedé lo mejor posible la voz del otro—. La señorita ha dejado esto para usted... ¿Puede abrirme, por favor?

El tipo resopló y vino hacia la puerta. Apenas entreabrió, cargué contra la madera, y le lancé al interior, dando traspiés y jurando obscenamente. Vivían y yo entramos en la estancia, cerrando tras de mí. El, en calzoncillos, nos miró aturdido y se cubrió como pudo, congestionado el rostro. Era un tipo joven, pero rollizo y fofo. Tenía cierto vago parecido con su difunto hermano, sobre todo en el azul de los ojos.

—¿Qué mil diablos ocurre aquí? —aulló—. ¿Quiénes son ustedes? Eh, a la chica la conozco... Si pretenden hacerme chantaje, les va a salir mal, amigos. Avisaré a la policía y...

—Avísela, Laverne. Su hermano ha sido asesinado en Jersey City. Jeremy Laverne, el Jolly Joker, ¿recuerda? Y el cáncer inoculado a Sheila Scoffield va a costarle años de presidio...

Palideció como un muerto y le temblaron las blandas y pálidas carnes. De repente, era como si un balón se deshinchase. Pero me dio pena. Era un cerdo, no cabía duda.

—¿Qué..., qué es lo que dice? —tartajeó—. ¿Se ha vuelto loco?

—Escuche, Laverne —terció Vivían con voz fría—. El doctor Gullagher ha presentado denuncia contra usted. Las prótesis de siliconas tenían una sustancia cancerígena muy activa, capaz de provocar el tumor rápidamente, y usted lo sabía cuándo se las aplicó a los pechos de Sheila Scoffield.

—¡Cielos, no! —aulló—. ¡Juro que yo no tengo la culpa! ¡Ellos lo hicieron todo, ellos lo planearon!

—¿Ellos? —Me acerqué a él, mirándole con frialdad, endurecida mi expresión, notando mis nervios y tendones tensos como cables—. ¿Quiénes son ellos, Laverne? No va a salir tan fácilmente de este sucio enredo criminal, se lo aseguro.

—¡Yo les advertí, les dije que podía ser una prueba peligrosa, pero ella insistió en que había que hacerla, y nada ocurriría! —clamó Laverne, desesperado.

—¿Ella?

—¡Sí! ¡La señora Cranston! ¡Ella y su marido lo planearon todo, lo juro! ¡Tenían que deshacerse de la señora Scoffield, y ése era un método limpio, sin riesgos ni violencias! Luego ella debió suicidarse... Y me siento culpable de esa muerte, pero toda la culpa es en realidad de ellos. Puedo jurarlo, lo declararé ante quien sea...

—¿Por qué podía desear Cranston la muerte de su socio en el

negocio? —dudé, imperturbable, erguido ante él.

—Por eso mismo: por ser socios... Cranston llevaba una doble contabilidad, le había estafado a la señora Scoffield más de diez millones de dólares en sólo dos años... Yo recibí una fuerte suma por esas siliconas y el producto químico cancerígeno unido a ellas... E iba a cobrar otra suma mayor en estos días. Juro que me obligaron, que me tenían en sus manos... Tengo un pasado turbio, podían despedirme, quedarme sin nada... Y esas prótesis eran mi salvación...

—A costa de otras vidas, ¿no? —le acusé rudamente—. Ya han muerto su hermano Jeremy, la señora Cranston, Sheila Scoffield... ¿Quién puede ser el próximo?

—Ronald Laverne —dijo una voz a nuestra espalda, con una frialdad glacial. Me volví. Vivían gritó roncamente.

Sonó un taponazo seco, áspero. Humeó una pistola negra, pavonada, de tubo silenciador, en las manos enguantadas de un grotesco e increíble Jolly Joker que asomaba por la ventana de la sórdida habitación.

Ni Vivian ni yo pudimos evitarlo.

Un negro agujero asomó en plena frente del aterrorizado Ronald Laverne. Éste desorbitó sus ojos y comenzó a caer lentamente, con un reguero de sangre negruzca deslizándose por su rostro, goteando desde su nariz. Cayó sobre el pavimento como un fardo. Y se quedó quieto a mis pies.

Miramos Vivian y yo al personaje siniestro de la ventana. Una risa sibilante escapó por debajo de la máscara riente. El arma nos encañonaba, tras el disparo homicida, que nadie salvo nosotros pudo haber oído.

—Cielos... —murmuré con voz ronca—. Otro Joker...

—La baraja siempre tiene dos, recuérdalo —dijo la voz extraña, brotando bajo la goma, pero resultándome familiar por algo—. Ahora ya estoy llegando al final...

—¿Qué final? —preguntó Vivian amargamente—. ¿Otras muertes acaso? ¿Barry, yo?

—¿Por qué no? —Se irguió en la escalera de incendios donde se hallaba—. Sería el apoteosis definitivo. Ya han muerto todos: Cranston, su mujer, Laverne, el otro hermano Laverne...

—Dios, ¿también Cranston? —gemí.

—Aparecerá su cadáver mañana, en las dependencias de la empresa de cosméticos. Murió antes que su mujer. Vio mi rostro bajo esta máscara... y comprendió antes de morir. Igual que Carol. Sólo los Laverne no llegaron a verme, aunque el payaso sabía quién le mataba...

—¿Y nosotros sí tendremos el dudoso honor de ver ese rostro antes de morir? —interrogué sordamente.

—Tal vez —movió la cabeza, dubitativo. Las ropas grotescas flotaban en torno a su figura—. Lo cierto es que no sé qué hacer. Ella no me ha causado daño alguno. En cuanto a ti, Barry Scoffield..., tampoco. La verdad es que no deseo tu muerte. Pero tampoco deseo que vivas, que seas de esa mujer o de cualquier otra...

—Es lo que me faltaba escuchar —habló Vivían lentamente—. Ya no necesita quitarse la máscara. Sé quién es usted.

—¿De veras? —El Joker, con su faz de mortal sonrisa, se encaró con ella. Los ojos brillaron tras las rendijas de la máscara—. ¿Lo sabe?

—No es difícil. Solamente puede haber un culpable. Muchas cosas sigo sin entenderlas, pero supongo que tendrán su explicación. Usted tiene el motivo, y eso es lo importante.

Otra vez la endiablada muchacha me ganaba por la mano, aunque maldito si me importaba ahora eso, viéndome ante la faz grotesca y cruel de la muerte. Yo no entendía nada. Y Vivían no fanfarroneaba. Me di cuenta de que sabía, realmente, quién estaba tras aquella máscara.

—¿Qué motivo? —preguntó el Joker asesino.

—El de estos crímenes. El único motivo posible. ¿No lo entiendes aún, Barry? Las cosas no son como parecían. Los árboles impiden a veces ver el bosque. Imagina que nada de todo esto es como empezó, que algo estuvo alterado para desfigurar los hechos. Imagina a una persona capaz de una terrible venganza, una persona inteligente, despiadada, rencorosa, de complicadas ideas y gran imaginación, montando un escenario ideal para una farsa alucinante... Imagina a alguien que tuviera un motivo para matar a los Cranston, a Ronald Laverne... Esos sí eran crímenes planeados desde un principio. Sólo faltaba el toque fantástico y delirante de un principio inexplicable, absurdo, irreal.

Sí. Vivian tenía razón. Empezaba a comprender. Me vi aquella noche, escuchando la voz de Nat King Cole en un tocadiscos, hablando con mi esposa... Un martini en la baranda de la terraza. Un timbre que suena. Una visita nocturna. Y luego... la muerte.

De repente, la muerte inexplicable, a veinticinco pisos de altura.

—Dios mío... —Miré al Jocker, sintiendo que mi piel palidecía, notando el frío en mis huesos—. Tú... No es posible.

—Veo que la máscara de nada sirve ya —suspiró el Jocker, arrancándola de su rostro lentamente—. Lo siento, Barry. Lo siento mucho...

Miré a Sheila mi esposa, casi con dolor. Y supe que hubiera sido mejor, realmente, que aquella noche hubiera caído desde la terraza a la calle. Mucho mejor que esto de ahora.

—¿Por qué, Sheila, por qué? —gemí, anonadado.

Mi esposa ya no reía. Me miraba con tristeza. Bajó su arma.

—Tu amiga lo sabe bien. Pregúntaselo. No temas nada de mí. No voy a mataros. Ya envié una confesión a la policía esta misma noche. Sólo deseo morir. Morir pronto. Pensaba llevarte conmigo... porque aún te amo. Pero sería injusto. Y cruel. Tú nunca me hiciste daño, cariño. Sencillamente, no pudimos ser felices. Adiós, Barry.

Y esta vez, sí.

Esta vez, ante nuestros propios ojos, Sheila Scoffield se dejó caer a la calle desde la ventana del hotel. Oí el impacto sordo de su cabeza, de su cuerpo en el asfalto.

Vivían sollozó, cubriendo el rostro con sus manos. Yo salté la ventana, me asomé a la escalera de incendios, corrí al callejón. Era inútil.

Esta vez, Sheila Scoffield no había burlado a la muerte. Mi esposa se había aplastado contra el asfalto. Su rostro era reconocible, y la sangre corría por sus labios y su frente, brotando también de nariz y oídos.

—Sheila... —susurré, apoyando una rodilla junto al cadáver—. Sheila...

CAPÍTULO X

El teniente Fry me miró ceñudo.

—Debería encarcelarle, pese a todo, por andar huyendo de la policía toda la noche —gruñó.

—Creo que nada me importa en este momento —me encogí de hombros—. Haga lo que quiera, teniente.

—Maldita sea, usted complica las cosas cada vez más. Ella le seguía de cerca. Se limitaba a ir matando a cuántos usted interrogaba. A unos, porque estaban marcados en su lista. A otros, como a Jeremy Laverne, para que no hablasen...

—Aún sigo preguntándome cómo pudo suceder todo esto... Usted mismo la vio en la calle aquella noche, igual que ahora...

—No. Igual que ahora, no. Era imposible reconocerla, salvo por sus ropas y cabello corto y platinado. Algo que puede hacerse con cualquiera, cuando se sabe que al caer desde un piso vigesimoquinto, quedará triturado e irreconocible. Es decir, desde el piso vigesimosexto, para ser exactos.

—¿El de arriba?

—Sí, Scoffield, el de arriba. El que está sobre el suyo. Un piso desocupado, donde Jeremy Laverne, el asalariado de su esposa, tenía ya a punto a una pobre joven llamada Jenny King, inconsciente a base de una droga, vestida con sus ropas y con un pelo idéntico al de ella. Es más, le dejó joyas propias que usted, distraído, no advirtió que ella *no* llevaba esa noche. El plan era sencillo, aunque arriesgado.

Laverne subió desde la fiesta, usando el muro, hasta el piso superior. Arrojó a Jeremy King a la calle, e izó a su esposa Sheila al piso vacío, donde ella se quedó, a la espera de salir sin ser vista. Ninguno pensamos en ese piso vacío...

—Pero ¿por qué hacer eso, para luego ir matando a los culpables de la inoculación del cáncer en sus senos? ¿No era demasiado

complicado?

—Verá, Scoffield —suspiró el policía—. Su esposa padecía un tumor de seno, pero creo que tenía otro, mucho más difícil de percibir clínicamente, en su cerebro. No estaba mentalmente sana, y eso la hacía imaginar complicadas fantasías para rodear su final de un ambiente de auténtica farsa grotesca y alucinante. Ella fue quien llamó a nuestro Departamento para avisar de su muerte, culpándole a usted. Dice en su confesión que deseaba impedir que, una vez muerta ella, usted fuese de otra mujer. Le amaba mucho, Scoffield..., aunque a su modo, claro. Luego, una vez desaparecida aparentemente de este mundo, dejaba que se confiasen los culpables de su horrible tragedia, y les iba asesinando uno a uno. Ése era su juego. Usted se lo facilitó con sus idas y venidas.

—Pero también la conduje al holocausto.

—Es cierto. Quizá le hubiera dejado morir pudriéndose en una celda. Al final, consideró que no debía destruirle a usted, porque era lo único limpio de su vida. Pero no creo que se arrepintiese al morir de todo lo que había hecho. Los Cranston y Laverne el químico, ciertamente, eran auténticos criminales de la peor especie. En cuanto al payaso Laverne, fue idea de ella, porque un día el químico habló de él. Y Sheila ideó entonces su plan, gracias a las habilidades acrobáticas del viejo Jolly Joker.

—Todo terminó cómo había empezado. Ella eligió su destino final...

—Más piadoso, sin duda, que morir de cáncer, lenta y dolorosamente —admitió Fry, sombrío. Me miró, sacudiendo la cabeza—. Bueno, puede marcharse. ¿Sabe que ya sospechaba yo algo parecido a lo que realmente ocurrió?

—¿Usted? ¿Cómo pudo sospecharlo? —me extrañé.

—Muy sencillo: la autopsia de la mujer que cayó de su terraza ofrecía un dato sorprendente: había tomado un martini, ciertamente, cosa que debieron hacer Laverne y ella antes de cometer el crimen, teniendo en cuenta esa autopsia, pero Laverne olvidó que ella tomaba siempre ese martini con una guinda al marrasquino. Y en la autopsia, era un martini con aceituna el que figuraba escrito en el informe forense...

—Dios mío, y pensar que yo también leí ese informe sin advertirlo entonces... —murmuré asombrado.

—Uno no puede estar en todo —sonrió Fry—. Especialmente, cuando sólo se es un detective aficionado, Scoffield...

Salí del departamento. Respiré el aire matinal. Luego miré tristemente a Vivían, que caminaba a mi lado.

—Eres mucho mejor detective que yo —confesó con lentitud.

—Ya lo sabía —sonrió ella, sin ningún sonrojo—. Tendrás que contar conmigo para tus heroínas de relatos de misterio...

—Por un tiempo, creo que no voy a escribir nada, Vivían.

—Lo entiendo. Supongo que, por un tiempo, tampoco pensarás en ninguna otra mujer...

—Sí, me alegra que comprendas eso también.

—Sé esperar, Barry —confesó Vivían dulcemente—. Cuando llegue ese día, sin embargo, espero que no te olvide de mí...

—¿Olvidarme? —suspiré—. Es difícil una cosa así contigo, créeme. Me alegra que sepas esperar. Un día... todo será distinto. Habré olvidado y...

—Por favor, Barry, no sigas —me pidió, sonriendo—. Sobran las palabras ahora.

¿Paseamos de regreso a casa? Hace un buen día...

—Sí, eso parece. Paseemos, Vivían. Y... gracias.

No me contestó. Iba mirando al asfalto. Seguimos caminando. Era agradable andar. Y no hablar. No pensar. No hacer nada. Al menos, por el momento.

Luego... todo sería diferente. Pero había que esperar. Ella y yo lo sabíamos.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] Personajes que, naturalmente, han de representarse desnudos. Adán y Eva, por razones obvias. *Lady* Godiva, por haber sido paseada desnuda a lomos de un caballo. < <

[2] El Jolly Joker o Comodín de la baraja francesa de póquer, acostumbra ser el rostro o la figura de un bufón o personaje grotesco de rostro de payaso. < <